





C. FRONTAURA

MANO DE ANGELO

EL CABALLO BLANCO





V. 2954

F.

2 Hqs. unclass. folder 356 pag.

RC

R
38196

MANO DE ÁNGEL

NOVELA DE UN JOVEN RICO

CARLOS FRONTAURA

MANO DE ÁNGEL

(NOVELA DE UN JOVEN RICO)

EL CABALLO BLANCO

(MEMORIAS DE UN EMPRESARIO)

TERCERA EDICIÓN

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, 4.—Teléfono 1.114.

1891



ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS



I

La gran conferencia que celebraron una doctora y dos doctores.

LA *Doctora* llamaban en Osuna á la respetabilísima señora doña Mercedes Angulo y Tres Castillos, y no dejaba de ser apropiado el honroso nombre que le daba la voz pública, porque era mi señora doña Mercedes mujer que, además de muy instruída en historia, geografía y hasta en matemáticas sublimes, pues no había nacido quien la engañase en una multiplicación, y menos en una división por intrincada que fuese, sabía muchísimo de mundo, como que lo había corrido casi todo, siguiendo, según el divino precepto, á su marido, comerciante afortunado ó mejor dicho, muy activo, que á fuerza de celo, diligencia, laboriosidad y honradez, hizo un capital enorme, sin haber hecho en su vida una picardía, y con tan ventajosa compañía se vino á Osuna, eligiendo la noble villa cómo sitio de reposo, por ser patria de doña Mer-

cedes, á quien el comerciante amaba tanto, que nunca había sabido oponerse á su voluntad. La amaba y la respetaba porque doña Mercedes, por su cuna y por su talento, era muy superior á él, superioridad que el bueno del marido proclamaba con gozo y con orgullo. Felicísimos vivían los esposos con un hijo que prometía parecerse á su madre en el ingenio y á su padre en la gallardía, porque debo decir que el comerciante era lo que en tiempos menos democráticos se llamaba un real mozo; pero no se crea por esto que la madre no era hermosa también, que lo era y mucho, y todavía, que aun vive, puede presentarse en cualquier parte y llamar la atención con su grave, severa y simpática belleza de cincuenta años, jamás aderezada con afeites y composturas, de que nunca hubo menester.

Decía que vivían felicísimos los esposos, pero la muerte, que no respeta felicidades ni reales mozos, sorprendió al comerciante en su ventura y se lo llevó, dejando á la triste viuda sumida en el dolor más profundo é inconsolable; que no esperaba ella ver tan pronto huérfano al hijo amado. Su amor maternal la salvó, porque sino hubiera tenido aquel hijo para perpetuo recuerdo del malogrado esposo, habría seguido á éste al sepulcro, como le siguió en todos sus viajes por la tierra y por la mar, sin separarse de él un punto hasta que los separó la que todo lo desata y rompe en el mundo.

La religión dió á la triste viuda resignación, y el amor maternal esperanza de consuelo. Consagróse, buena madre, á cuidar, educar y servir á su hijo, que creció feliz y gallardo, recordando á toda hora á la siempre dolorida viuda la apostura y gentileza del difunto esposo, de quien era un vivo retrato á los veinte años el hijo adorado.

Precisamente el día que los cumplía comienza esta narración que escribimos para honesto solaz de los lectores, bien que acaso no podamos cumplir nuestro deseo, y en vez del solaz honesto que anhelamos ofrecerles con su lectura, les proporcionemos únicamente, por nuestra supina ignorancia, fatigoso aburrimiento.

En una salita baja de la hermosa y cómoda y perfectamente acondicionada casa de doña Mercedes, en Osuna, se hallaban una tardecita de verano la dueña de la casa, el Rdo. P. Diego, sapientísimo doctor en teología, canónigo de la santa iglesia catedral de Sevilla, y el doctor en medicina y cirugía D. Martín Benítez, médico de gran fama en toda la provincia, muy amigos ambos de doña Mercedes, porque lo fueron muy queridos del difunto esposo, y la viuda tenía en ellos entera confianza, dignamente correspondida, y en todos los casos arduos les consultaba, apreciando en gran manera el dictamen de personas tan cuerdas y de rectas intenciones.

Sobre un velador maqueado, que era un primor del arte, había una bandeja de exquisitos

dulces, y de ella acababan de tomar el reverendo una perita escarchada que á gloria le debía de saber, según la satisfacción con que la paladeaba, y el galeno una yema de coco que, además de fino sabor, tendría un perfume agradabilísimo, porque el médico se deleitaba acercándosela á la nariz antes de metérsela en la boca. Gozábbase doña Mercedes en la satisfacción con que sus dos amigos hacían honor á su agasajo, y les instaba para que probasen unos ricos polvorones hechos por ella misma, pero ambos se excusaban cortesmente, bien que accediendo al delicado ruego de la amable autora de los apetitosos bollos, aceptaban el obsequio de media docena de ellos que luego les enviaría á domicilio.

—Con que es decir, amiga mía, dijo el médico después de los cumplimientos á que dió lugar el estimable obsequio de los polvorones, y continuando una conversación interrumpida, que no ha resuelto V. todavía si Joaquín ha de ir á Madrid.

—¡Ay! contestó con un profundo suspiro doña Mercedes, dudando estoy aún y no me atrevo á resolver.

—Si mi señora doña Mercedes quiere seguir mi dictamen, no irá Joaquín á Madrid mientras no esté casado y tenga tres ó cuatro hijos. Entonces, con su madre, con su mujer y sus hijos, podrá ir sin tanto peligro á Madrid y pasar allí un mes, tiempo sobrado para ver los museos,

algunas curiosidades, las iglesias y los paseos, que no hay más que admirar en aquella villa.

Así habló el reverendo, mirando al médico más que á doña Mercedes, pues de aquél esperaba la réplica, sabiendo que las opiniones del doctor eran enteramente contrarias á las suyas.

—Mi respetable amigo D. Diego, me permitirá, dijo D. Martín, que manifieste la opinión opuesta á la que él acaba de exponer con la franqueza que le caracteriza y el buen deseo de su amistad.

—¿Usted opina que el muchacho debe ir á Madrid?

—Sí, señor, y hace tiempo que debiera estar allí.

—Ya se habría perdido.

—Niego el supuesto; en Madrid, como en todas partes, se pierden algunos jóvenes, pero no se pierden todos, y la cordura, el buen sentido y nobles ideas de Joaquín, hacen presumir que no será él de los que se pierden.

—Hay un refrán, amigo D. Martín...

—Sí, ya sé, quien evita la ocasión evita el peligro, pero crea V. que si hubiera de admitirse ese refrán como axioma infalible, nadie haría nada en el mundo y sería éste la cosa más tonta y aburrida... Joaquín tiene gran fortuna, claro talento, levantadas ideas, y está destinado á ocupar una brillante posición, pero le falta estudiar, saber, conocer gentes, ver mundo, ser

útil á la sociedad, y crea V., Sr. D. Diego, que un hombre rico que no sabe nada, que no tiene ciencia ni trato de gentes, que vive obscuramente sin otra compañía que la de sus talegos de onzas, es un anacronismo en esta época de movimiento, de vida...

—Y de perdición. Usted no ha podido resistir al contagio de las ideas modernas, de la falsa civilización.

—En las ideas modernas, en la que V. llama falsa civilización, hay sin duda errores trascendentales y funestos, pero eso no basta para combatirla en absoluto. Combatir lo malo y sublimar lo bueno en la marcha de la humanidad es el deber de las personas de buen sentido, y al fin, crea V. que lo bueno prevalece. Pero estar siempre llorando y gimiendo por lo que pasó y lamentándose del presente y anatematizándolo sin distinguir lo bueno de lo malo, es ciega obcecación impropia de personas de recto juicio, así como es refinado egoísmo encerrarse en su casa, indiferente á los males del país y á los errores que los producen, comiéndose en paz lo que se tiene y sin cuidarse para nada de la patria.

—¡Válgame Dios, D. Martín, qué pesar me causa V. mostrándose contagiado de las ideas abominables modernas! No negaré que haya algo bueno en la decantada civilización que tanto preconizan ustedes, pero hay tanto malo, que

no puede de ningún modo compensarse con lo poco bueno, y por consiguiente, yo reniego de todo, absolutamente de todo, y me encierro en los recuerdos de mi tiempo, tranquilo, ya que no dichoso, con este consuelo. ¿No tengo razón, señora doña Mercedes? añadió el canónigo interpellando á la ilustre dueña de la casa.

—Usted y D. Martín, respondió la interpelada, son personas de mi mayor estimación, y no soy juez desapasionado que pueda dirimir la contienda. Oigo á V., amigo mío, y sus razones me hacen gran fuerza; oigo á D. Martín, y también su opinión me parece sumamente razonable. Concretemos, si ustedes quieren, la cuestión. Se trata de si mi hijo debe ir á Madrid ó no debe ir; si le conviene ó no le conviene.

—¿Qué duda tiene?... Le conviene, se apresuró á decir D. Martín.

—No le conviene, repuso el P. Diego, tomando un polvo de rapé y ofreciendo, por costumbre, la caja á su contrincante.

¡Ah! exclamó, olvidaba que V. no lo gasta; esto es también antiguo; ahora no se toma rapé; en cambio se gasta un hombre veinte ó treinta reales diarios en fumar cigarros habanos á media peseta, que antes no los fumaban más que las personas de gran fortuna á quienes todavía sobraba mucho dinero después de hacer grandes obras de caridad.

—Eso no me prueba nada, Sr. D. Diego, se apresuró á decir D. Martín.

—¡Jesús! otra vez van ustedes á empezar su eterna discusión, y yo me voy á quedar sin saber lo que deseaba.

—Tiene V. razón sobrada, señora mía, pero este D. Diego...

—Pero este D. Martín...

—Veo que es imposible que yo sepa...

—Sí, señora, sí, que diga D. Martín su opinión y prometo no interrumpirle.

—Enhorabuena. Pues empiezo. Joaquín, señora mía, es muchacho de grandes disposiciones naturales, de privilegiado ingenio y de nobles sentimientos. Su posición holgada, y más que holgada, le permitirá hacer mucho bien; pero aquí, encerrado en esta población, no hará ni la brillante figura que sus relevantes cualidades le aseguran, ni todo el bien que puede hacer, empleando su actividad y su ciencia en más ancha esfera.

El P. Diego se sonreía mirando con aire de compasión al doctor.

—Es preciso, siguió diciendo éste, que Joaquín vaya á Madrid, conozca la sociedad, estudie, que estudiará con notable aprovechamiento, estoy seguro de ello, y luego sea nuestro diputado...

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó el P. Diego sin poderse contener.

—Sí, señor, continuó el médico, diputado y ministro.

—¡Ave María purísima!

—Sí, señor, y ministro, y será un bien para el país, porque Joaquín es bueno, es generoso, es desprendido, noble, leal; y un hombre que posee estas cualidades, si además tiene sabiduría y experiencia, puede hacer muchísimo bien á su patria. ¿No sería para V., amantísima y digna madre, una satisfacción inmensa ver á su hijo defendiendo en el Parlamento la justicia, el derecho, el honor?... ¿No sentiría V. gran júbilo y santo orgullo maternal viéndole en los primeros puestos del Estado, obrando siempre recta y sabiamente y procurando el bien general?...

—¡Oh, sí! ¡Qué alegría si mi hijo...

—No se contagie V., señora, de la locura de este médico empecatado, que cura á los enfermos y quiere hacer enfermar á los sanos, dijo el P. Diego. Joaquín debe permanecer en su pueblo, hacer el bien en su pueblo, casarse en su pueblo y vivir como Dios manda, sin la fiebre de la ambición, sin los enojos de la adulación, sin las asechanzas de la envidia, sin los peligros que á cada paso hallaría en esa vida de perdición que D. Martín encarece, ofuscado por las perversas ideas del siglo, aunque con buena intención, que de buen grado reconozco.

—Muchas gracias, adversario amigo, repuso jovialmente el doctor.

—Yo también, si he de hablar verdad, dijo doña Mercedes, temo que mi hijo vaya á Madrid, donde hay tantos peligros para la juventud.

—Sí, para la juventud irreflexiva y temeraria, pero no para un joven tan discreto y juicioso como Joaquín.

—Por lo mismo que él es bueno, serán mayores los peligros en que se vea. No despertemos á quien duerme, no pongamos á prueba la cordura y la virtud del muchacho.

—Es que mi hijo no duerme, respetable amigo mío; Joaquín se aburre aquí, yo lo conozco, aunque él nunca me lo dice; tiene deseos de ver mundo...

—Deseo natural, observó el médico.

—Pero como Joaquín es tan discreto, como usted dice con razón, no costará gran trabajo disuadirle de ese deseo que, realizado, acaso sería su desgracia.

—No saldremos de ahí en toda la tarde, amigos míos.

—Tiene V. razón.

—La cuestión es muy sencilla. El doctor opina que debe ir Joaquín á Madrid, y yo que debe quedarse en Osuna.

—Y de ahí no saldremos.

—Lo mejor es que V., que es su madre, piense, recapacite y reflexione, y haga lo que le parezca más prudente. Si va á Madrid lo sentiré mucho.

—Y yo si no va tendré un gran disgusto. Pero

estoy de acuerdo, por dicha, con mi amigo el reverendo padre; V. es quien debe decidir. Hable V. con su hijo.

—La convencerá su hijo.

—Reverendísimo padre, no se puede con usted, dijo, ya con enojo, el doctor. No lleve usted dudas y vacilaciones al espíritu de nuestra estimadísima amiga.

—Ya callo, hombre, ya callo, y me retiro, si esta señora me da su permiso.

—Yo acompaño á V.

—Como siempre; somos dos enemigos irreconciliables que no podemos vivir uno sin otro.

—Diga usted que somos tan verdaderos amigos que, á pesar de tener ideas diametralmente contrarias, nos queremos fraternalmente.

—Eso es verdad, repuso el reverendo; pero si no le convierto á V. no moriré tranquilo.

—Y si yo no hago á V. más benévolo con los tiempos modernos, me iré de este mundo con gran sentimiento.

—Lo que es eso...

—Pues lo que es lo otro... Continuaremos en el camino de aquí á casa.

—Sí, señor, donde V. quiera continuaremos.

El canónigo y el médico se despidieron de doña Mercedes; ésta estrechó la mano del segundo y besó la del primero, y en la cómoda butaca donde estuvo sentada durante la conferencia, quedó reflexionando hasta que se durmió.

II

La madre y el hijo.

Doña Mercedes era una mujer muy razonable y discreta, y sin que su hijo le manifestase cuáles eran sus deseos, los había adivinado, y los consideraba muy naturales. Quería su hijo ver mundo, salir del reducido espacio donde había vivido hasta entonces, estudiar, dar noble empleo á sus facultades... ¿Qué cosa más natural?... Su hijo pensaba muy cuerdamente, y ella no debía oponerse á tan legítimas aspiraciones. Pero doña Mercedes temía que su hijo, solo en Madrid, adquiriese amistades funestas, que de esta clase de amistades halla en la corte facilísimamente todo ciudadano, y sobre todo el que tiene la ventaja de ser rico; temía que su talento se malograra, que el vicio esterilizara sus buenas cualidades, que la exageración de ideas propia de la época, pues entonces acababa de ser derrocado el trono secular en España, extraviase su inteligencia y quebrantase su fe cristiana, secando en su alma aquellos dulces, ge-

nerosos y delicados sentimientos que debía el hijo adorado al amor infinito de su madre...

Hablando en puridad, es forzoso reconocer que á la buenísima señora no le faltaban razones de gran peso para sus temores y recelos, conociendo los peligros de la vida cortesana, y dada la situación política y social en que se hallaba el país, á raíz de una revolución radical —bien que todavía es peor á los cinco años de haberse verificado aquella gran transformación, que, triste es decirlo, no ha producido ningún genio superior, pero en cambio ha costado miles de millones y mucha sangre, consecuencia precisa de la ambición y la soberbia, de la ignorancia, y sobre todo de la falta de patriotismo, que es el más definido y triste carácter de la decadencia de esta nación tan grande y poderosa en otro tiempo.

Pero no quiero meterme en honduras en esta obra escrita para una publicación (1) completamente neutral en el torbellino de las pasiones políticas, y prosigo mi cuento.

Temía también la excelente señora que las mujeres influyesen desastrosamente en el presente y en el porvenir de Joaquín; que era el muchacho enamorado é impresionable por extremo, y en este Madrid el que tiene ese carácter está expuesto á los mayores peligros con

(1) Esta novela se publicó en *La Ilustración Española y Americana*.

sólo dar una vuelta por las calles, ir á ver una comedia ó á oír una ópera, y hasta en la casa del Señor oyendo misa devotamente, corre grandes riesgos, por lo cual muchas veces he pensado que sería una medida de buen gobierno que los días de fiesta, por lo menos, hubiese misa para ellos solos á una hora, y misa á otra para ellas solas, y es seguro que así habría más devoción y el debido recogimiento, y se evitarían, en parte siquiera, esos tremendos peligros á que exponen al hombre los ojos de las mujeres. ¡Y digo si hay ojos peligrosos en Madrid!...

Doña Mercedes pensó mucho, después de la inútil conferencia con el reverendo padre y el franco y estimado médico, y al fin decidió abordar la cuestión con su mismo hijo.

—Joaquín, le dijo, advierto en tí hace algún tiempo cierta inquietud que no me explico. ¿Querrás decirme, hijo mío, si es aprensión mía, ó si es cierta esa inquietud?... Ya sé que has de decirme la verdad.

—Pues sí, madre mía, es cierto que siento deseos hasta ahora no sentidos, pero no hay motivo de que V. se alarme.

—¿No estarás enamorado?...

—No, no señora. No pienso en eso.

—Vamos, yo voy á decirte lo que deseas.

—¿Usted lo sabe?

—Sí; una madre sabe todo lo que piensa su hijo; tú eres para mí hace veinte años objeto de

constante observación, de continuo estudio, y me precio de conocerte bien. En tí nace la ambición, ambición noble y elevada, te anima el deseo de saber...

—Sí, señora, sí.

—Deseas ir allí donde existe la vida, el movimiento, donde se halla el centro de la política, donde se cultiva la ciencia, donde se agitan las grandes pasiones, donde se estudian, se discuten, se resuelven los problemas sociales...

—Es verdad, es verdad.

—En fin, quieres ser algo más que un hombre rico...

—Ha adivinado V. mi pensamiento.

—Bien; pues ahora dime, ¿no tienes miedo?...

—¿Miedo á qué, madre mía?

—A perder tus doradas ilusiones, á conocer la miseria de los hombres, la ruindad de miras de muchos, la falsía de otros, las apostasías de éstos, las malas artes de aquéllos... ¿No tienes miedo al contagio de la corrupción social, á perder la paz y la inocencia de tu alma, á comprometer tu fortuna y tu porvenir?...

—No señora, contestó con resolución el gallardo joven.

—¿Deseas ir á Madrid?...

—Sí, pero ese deseo no se cumplirá si la voluntad de mi querida madre es contraria á mi deseo.

—Hijo mío, ¡cuánto satisface á mi corazón ese lenguaje propio de un buen hijo! No, yo no quiero contrariarte; irás á Madrid, puesto que lo deseas.

—Es una vergüenza que yo no sea nada, madre mía. Tengo ya veinte años y debo pensar en ser un hombre útil á la sociedad, en tener una profesión... Ahora se ha establecido la libertad de enseñanza, y es para mí favorable coyuntura de hacerme abogado en poco tiempo. No pocos paisanos míos, sin los grandes medios de fortuna que yo poseo, han hecho brillantísima carrera, y algunos ocupan ya altos puestos...

—¡Ah! hijo mío, que no te seduzca ese ejemplo.

—¡Madre mía! Nada tiene V. que temer. Yo seré siempre digno hijo de tan digna madre.

—Dios te bendiga y te haga perseverar en tus nobles propósitos.

Después de esta conversación con su madre, Joaquín se animó grandemente, volvió á ser alegre, decidior como antes, se entregó completamente á sus doradas ilusiones.

Ya tenía el consentimiento de su madre; hijo sumiso, no se hubiera atrevido á contrariarla.

Doña Mercedes comenzó á discurrir sobre un punto interesantísimo para su tranquilidad y para el bien de su hijo. Era preciso que Joaquín no estuviera en Madrid solo, sin alguien que le vigilara, que le aconsejase, que cuidara de él si

lo hubiera menester, y la excelente señora recorría en su memoria todos los conocimientos que tenía en Madrid, para elegir la persona á quien había de confiar la guarda de su hijo.

Ninguna le satisfacía. Era muy su amigo un riquísimo comerciante, pero la esposa de éste no gozaba de la mejor opinión, y doña Mercedes veía ya en su imaginación el drama tremendo que podría resultar si ponía á su hijo en contacto con el comerciante.

Conocía mucho á un capellán que había sido de Palacio, pero era un hombre demasiado rígido y de ideas tan exageradas como el bueno del Padre Diego. Doña Mercedes comprendía perfectamente que la exageración de carácter del capellán podría producir una exageración contraria en el de Joaquín.

Tenía también doña Mercedes cordiales relaciones de amistad con cierto Marqués, persona estimabilísima, pero muy metido en política, y que, aun perteneciendo á la nobleza antigua, le había dado por ser republicano con sus puntas y ribetes de áteo; la buena señora creía que esta amistad podría contribuir á entibiar la fe cristiana de su hijo, y esta idea le aterraba.

Podía confiar su hijo á un su hermano político que era coronel de un regimiento de guarnición en Madrid, hombre de mundo, de mucha experiencia, de grandes relaciones, pero tenía una cualidad funesta: dominábale el vicio del juego.

Aun recordó la buena señora unas cuantas personas de Madrid, pero no había una sola que le ofreciese todas las seguridades apetecibles.

Sin embargo, dos días después ya había hecho la dignísima señora su elección, y una elección acertadísima, como verá el lector.

Vivía en Madrid una señora que había sido en Osuna, su pueblo natal, grande amiga de doña Mercedes. Vino de allí á la corte para casarse, y durante largo tiempo sostuvo correspondencia con su amiga de la infancia.

La buena señora no había sido muy dichosa, porque á los diez años de casada perdió á su marido, y cuando estaba repuesta, ya que no consolada, de su desdicha, cuando se consideraba feliz madre, ya que poco afortunada esposa, diez años después de la muerte del marido, cayó sobre ella la horrible pesadumbre de la muerte de su hijo único.

Doña Mercedes escribió á su amiga una carinosísima carta anunciándole la resolución de Joaquín de ir á Madrid, y los grandes temores y recelos que en su alma de amantísima madre había hecho nacer aquella resolución, muy natural por otra parte.

Pasaron días, y no venía la contestación á esta carta; pero al fin, cuando ya no esperaba recibirla, llegó á poder de doña Mercedes la deseada respuesta, que debo copiar íntegra:

«Mi queridísima amiga Mercedes: Perdóname

si antes no he contestado á tu grata, que ha venido á darme algún consuelo en mis penas, porque me demuestra que tú, mi amiga de la infancia, mi hermana, eres más feliz que yo, y siendo tan feliz, no eres indiferente á mis dolores, á mis sufrimientos.

»Gracias, mi predilecta amiga, por las tiernas y dulces frases que me diriges, y gracias también por la prueba de estimación que me das confiando tu hijo á mi cuidado.

»No necesitabas explicarme tus deseos para que yo los comprendiera perfectamente. Yo también soy madre, ¡ay! madre sin hijo, y lo mismo que tú sientes, que deseas, que temes, sentiría yo si tuviera á mi hijo.

»Acepto el encargo; tu hijo tendrá dos madres. Yo te aseguro que tu hijo no se perderá en Madrid; que no se quebrantará su fe; que siendo tan impresionable como tú me lo retratas, no tendrá tiempo que consagrar al vicio, á los devaneos, á su perdición en fin.

»Desde que recibí tu carta estoy planeando una novela, que ha de ser la novela de tu hijo. No te la cuento, porque sería muy larga de contar, y porque, aunque hago novelas, no las escribo, no tengo arte para esa tarea, propia de mujeres privilegiadas, que tienen más cabeza que corazón.

»Tranquiliza tu espíritu; no temas por tu hijo, y confía completamente en mi amistad. Cuando

tu hijo esté aquí me haré la ilusión de que es mi hijo. Tú no tendrás celos, porque las madres no tienen celos unas de otras. No leas esta carta á tu hijo.

»Adiós, mi hermana querida. Te abraza.—SALVADORA.»

Esta carta dejó suspensa á doña Mercedes, que no comprendía bien lo de la *novela* de que hablaba su amiga Salvadora; pero por otra parte, eran tan afectuosas y revelaban tanta sinceridad las frases estampadas en la carta, que doña Mercedes confió y creyó haber acertado dirigiéndose á aquella excelente señora, que era, en verdad, mujer de peregrino ingenio y de noble y leal corazón.

Diez días después de recibir esta carta doña Mercedes, Joaquín salía de Osuna con dirección á Madrid, separándose con pena de su madre, que para evitarle todo pesar dió en aquella ocasión pruebas de grande entereza y hasta de alegría.

El médico D. Martín estaba loco de contento, no sólo porque Joaquín iba á Madrid, donde suponía él, tan buen amigo suyo, que había de hacer gran papel, sino porque su eterno contrincante, el P. Diego, había quedado vencido.

Éste se limitó á decir:

—¡Qué lástima que una señora de tanto entendimiento como doña Mercedes se haya vuelto loca!

III

Donde se ve que Joaquín era un joven sensible.

Joaquín llegó á la capital de España una mañanita temprano por el ferrocarril del Mediodía, y apenas hubo puesto el pie en el andén se le puso delante un caballero como de cincuenta años, de aspecto simpático y gallardo continente, que le dijo, saludándole con exquisita cortesanía:

—¿Es al hijo de doña Mercedes Angulo y Tres Castillos, á quien tengo el honor de saludar?...

—El honor es mío, se apresuró á decir el joven andaluz, en quien hizo la mejor impresión la presencia del desconocido.—Pero, continuó, ¿cómo sabe V. quién soy yo sin haberme visto hasta ahora?...

—Amigo mío, es verdad que hasta este momento no he tenido el honor de hablar á usted, pero hace días que le conozco por una excelente fotografía que su señora madre ha enviado á mi hermana política la respetable señora doña Salvadora de Lafuente.

—¡ Ah! Ya comprendo; viene V. á recibirme en nombre de esa buena señora.

—Exactamente, y á acompañar á V. á su casa, donde tiene V. dispuesta su habitación, según lo convenido entre las dos señoras.

—Sí; mamá me ha hecho grandes encomios de doña Salvadora, y desea que me hospede en su casa.

—Mi hermana política es realmente apreciablesísima persona, pero dudo... en fin, ahora no es ocasión de que hablemos de eso. Usted tendrá deseo de reposar y no debo retardar un momento la satisfacción de tan natural deseo. Deme usted el talón de su equipaje y se lo daremos á mi criado, que espera fuera; y se encargará de que sea llevado á casa.

Joaquín y el hermano político de doña Salvadora salieron de la estación, y después de dar sus instrucciones al criado del último, montaron en una bonita victoria que les condujo en pocos minutos á la calle de Serrano, en el barrio de Salamanca, donde vivía en una casa de nueva construcción la amiga de doña Mercedes.

Doña Salvadora no se había levantado todavía.

Don Facundo, que así se llamaba el cumplido caballero que había recibido en la estación á Joaquín, condujo á éste al cuarto que se le había destinado.

La habitación era preciosa y alegre, con un

balcón desde donde se veía gran extensión de campo y también gran parte de la ciudad, el Retiro, la calle de Alcalá, los Circos de Recoletos, el paseo del Prado, los palacios de la Castellana. El mueblaje era del mejor gusto, y no faltaba nada de lo que corresponde á la habitación de un soltero rico. Mesa de despacho, estante de libros, papelera, armario de espejo, butacas, un piano, una mecedora, un bonito atril para leer; en el testero, artísticamente colocadas, espadas de combate, dos pistolas, floretes, manoplas, una espingarda, sirviendo todo esto de dosel á un magnífico retrato, en el que fijó su atención el huésped.

—¿Le agrada á V. ese retrato?... preguntó don Facundo al joven.

—¡Oh! sí; es un gallardo joven, de noble y simpática fisonomía. Debe tener un corazón generoso y gran inteligencia.

—Tenía, sí señor, tenía todas las cualidades de un hombre superior.

—¿Pues no existe?...

—No señor, no existe.

—¡Ah! ya comprendo; mi madre me habló mucho de este joven tan digno de mejor suerte. Este era el hijo de mi señora doña Salvadora...

—Su madre no se consolará nunca de su desgracia. Este pobre joven murió cuando más le sonreía la vida, cuando había adquirido un gran caudal de ciencia, cuando era la honra y la ale-

gría de su casa. Y ahora me permitiré llamar la atención de V. sobre un detalle que le probará cuánto aprecia mi hermana á su señora madre de V. Esta habitación, que se halla como estaba el día en que en esa alcoba espiró el pobre Rafael, ha querido la desventurada madre que la ocupe el hijo de su predilecta amiga.

—Es una distinción que agradezco sobremedera; es muy honroso para mí ocupar una habitación llena de recuerdos de quien fué tan digno y tan inteligente.

—Aquí tiene V. los libros, los papeles de Rafael, sus cuadernos de estudio, las obras musicales que más apreciaba, su álbum de retratos... Todo esto lo confía al cuidado de V. la madre sin ventura. Y ahora descanse V. hasta la hora de almorzar. Mi hermana almuerza á las doce, usted podrá hacerlo á la hora que le parezca. Esta tarde, si V. no tiene persona más estimada y digna de su amistad que le enseñe la villa y corte, podremos salir juntos.

— ¡Oh! sí, con mucho gusto. No conozco á nadie en Madrid, y aunque conociera, creo que no podría encontrar mejor compañía que la de persona tan distinguida como usted.

—Poco á poco; no vaya V. á formar buen juicio de mí, porque esto le proporcionará un notable desengaño. Cuando V. oiga hablar de mí sabrá horrores. De nadie se habla en Madrid tan mal como de quien tiene el honor de salu-

darle y besarle la mano, ofreciéndole su amistad y sus servicios.

Y saludando á Joaquín con una elegante cortesía y un afectuoso apretón de manos, salió de la habitación D. Facundo, dejando solo al recién venido.

Cansadillo estaba del viaje el hijo de doña Mercedes, y el limpio y elegante lecho convidábale á reposar, pero más le seducía la contemplación del panorama que se distinguía desde el balcón. Joaquín estuvo más de una hora absorto viendo la ciudad, la famosa villa de Madrid que tanto había deseado ver, donde entraba con tantas esperanzas, con tantas ilusiones. De buenísima gana se hubiese echado á la calle á verlo todo, á dar una vuelta por la Puerta del Sol, á contemplar la soberbia fachada del Congreso de los diputados, donde él esperaba entrar un día á representar á sus convecinos de Osuna, y sobre todo, á ver las mujeres de Madrid, de las que había oído hablar con gran encomio al médico D. Martín Benítez, uno de los hombres más aficionados á las hijas de Eva; pero salir en aquel momento hubiese parecido á doña Salvadora y á D. Facundo notoria intemperancia, y Joaquín no quería pasar por ligero y aturdido.

De pronto se nubló el animado semblante del gallardo joven. Del portal de la casa inmediata salían cuatro hombres llevando un ataúd, y este

espectáculo, tan frecuente en todas partes donde hay vivos, le impresionó profundamente. Entróse en el saloncito, se tendió en la butaca, y fijó la vista instintivamente en el retrato del hijo de doña Salvadora. El retrato miraba fijamente á Joaquín y parecía sonreírle.

Joaquín era cristiano, y por consiguiente no tenía nada de supersticioso, pero no pudo menos de sentir cierta impresión triste.

—La muerte, exclamó, es lo primero que veo en Madrid. ¡Pobre joven! También él tendría las mismas esperanzas, las mismas ilusiones que yo, y en un momento acabó todo para él. ¡Qué hermosa fisonomía la de ese desgraciado! Debía ser un joven generoso, hidalgo, valiente, franco y leal en la amistad, ardiente y apasionado en el amor... ¿De qué moriría ese infeliz?... Su rostro parece el de un hombre lleno de salud, sus ojos están rebosando vida... ¡Pobre joven! ¡Cuánto le hubiese querido yo si hubiera sido mi amigo! Pero más vale que no le haya conocido, porque su muerte me habría causado un gran pesar. ¿Qué es esto?... ¿una lágrima? Una lágrima á la memoria de una persona á quien no conocí nunca. ¡Qué abrazo me pierdo con que no esté aquí mi querida madre!... También ella hubiera llorado.

.....

Cuando D. Facundo vino á dar un golpecito en la puerta para avisar á Joaquín que el al-

muerzo estaba servido, el hijo de doña Mercedes, sin haber dormido un momento, estaba ya completamente vestido de limpio y en disposición de presentarse á la señora doña Salvadora, á quien tenía grandes deseos de conocer.

D. Facundo condujo al comedor á Joaquín, con asombro de éste, que entendía que debía ser antes presentado á la dueña de la casa.

— Mi hermana, dijo D. Facundo, no almuerza con nosotros porque está indispuesta. Su salud es muy delicada y estas indisposiciones son en ella frecuentes. El médico opina que no debe levantarse hoy. Sin embargo, aunque esté en el lecho recibirá á V. más tarde.

— Es desgracia mía verme privado de ofrecer mis respetos á esa digna señora, y deploro sinceramente el motivo.

— No será cosa de cuidado, amigo mío.

— Así lo deseo ardientemente.

— El almuerzo nos espera. Almorcemos y charlemos como dos buenos amigos.

Joaquín estuvo encantado oyendo á D. Facundo. Su conversación era amenísima, su instrucción profunda, y trataba todos los asuntos con singular buen sentido.

Conocía á todos los personajes políticos más notables, y en poquísimas, discretas y gráficas palabras hacía el juicio acertadísimo de cada uno. El era excéptico en política; no tenía fe en ningún partido ni en hombre alguno de los

encargados de hacer feliz á la cada vez más desventurada patria.

Hablaba de bellas artes con singular aplomo, como quien tiene grandes conocimientos, y á juzgar por los detalles que daba de varios países de Europa y América, había recorrido una gran parte del mundo.

Tres horas estuvieron de sobremesa D. Facundo y Joaquín, y mucho más tiempo habrían estado si el primero no hubiese puesto término á la conversación, diciendo al segundo:

—Pero abuso de la amabilidad de V., que me oye con evangélica paciencia.

—En nada mejor podría emplear el tiempo que en oír á persona de tan exquisita amabilidad y notable ilustración.

—¿Usted querrá que demos una vuelta por Madrid?

—Estoy á la disposición de V., y no le ocultaré la curiosidad que tengo de conocer esta hermosa capital.

—Pues vamos.

Al salir de la casa, pasaba por delante de la misma otro cortejo fúnebre; sin duda había sido el muerto persona de consideración, porque seguían al féretro cincuenta ó sesenta coches muy elegantes.

—¡Ah! exclamó con marcado disgusto el joven; es la segunda vez que veo hoy la muerte.

—¡Oh! la muerte se ve á cada paso en las grandes ciudades, observó D. Facundo; no debe extrañar á V. este espectáculo. Aquí estamos muy acostumbrados y nadie repara en eso. La muerte en estos grandes centros de la vida no descansa un momento, y cada día envía gran número de víctimas al reino de la verdad. Acá llamamos víctimas á los muertos, pero ¿quién sabe?... Yo creo que debemos envidiar á los que mueren... Mas no he de hablar á V. más de esto, porque un joven como V., lleno de vida y ansioso de más vida, no puede pensar como yo. Para V. la vida es la felicidad; todo sonrío á usted, todo le hace amar la vida.

Joaquín iba muy pensativo bajo la desagradable impresión que le produjo su nuevo encuentro con la muerte.

Pero pronto se disipó la nube de tristeza que un momento había obscurecido el cielo de sus ilusiones.

Por la calle de Alcalá subieron D. Facundo y Joaquín, y éste no pudo menos de notar que aquél saludaba á muchísimas personas; un general que, vestido de gran uniforme, venía dentro de un coche magnífico, le saludó afectuosamente; también le saludaron con la mano y con amable sonrisa unas señoras que ocupaban preciosa carretela. *Adiós*, le decían muchas personas de todas clases, militares, paisanos, jóvenes y viejos.



—Advierto, dijo el andaluz á D. Facundo, que le conoce á V. mucha gente.

—¡Oh! todo Madrid me conoce á mí, pero no me conoce tan bien como yo conozco á todo Madrid.

Llegaron á la esquina de la calle de Sevilla donde está situado el café Suizo, y allí se vieron rodeados por un grupo de caballeros, en la apariencia á lo menos, que saludaban familiarmente á D. Facundo, quien repartía entre ellos apretones de manos y á cada uno decía una frase de cordialísima amistad.

—Pues señor, se decía Joaquín, este hombre debe ser un notabilísimo personaje.

En el capítulo siguiente diremos quién era D. Facundo.

IV

Don Facundo.

Todo Madrid le conocía.

No era hombre político, jefe de partido ni agitador constante del público reposo, que esto es lo que son en resumidas cuentas en nuestra España sin ventura los que se llaman hombres políticos; no era general, aunque había sido militar, pero no pasó de alférez, habiéndose retirado del servicio cuando heredó su primera fortuna; tampoco pertenecía á la grandeza, bien que era de familia distinguida; no era escritor conocido ni fué nunca banquero ni bolsista. Era don Facundo, nada más que D. Facundo Vargas, un caballero particular conocido de todo el mundo.

Admitíasele en las casas principales, contábase con él para todas las fiestas, frecuentaba los vestuarios de los teatros, como que conocía á todos los actores y á todas las actrices notables; era el primer amigo que encontraban las cantantes de la ópera que por primera vez venían á someterse al fallo del mal contento público del

Regio coliseo; veíasele en todos los entierros de personas conocidas; no había boda en la buena sociedad á que él no asistiera, como testigo á lo menos; no se verificaba sin su presencia inauguración oficial de obras públicas, ni recepción académica, ó baile en Palacio, ó apertura de Cortes, ó concurso en el Conservatorio, ó profesión de monja ó misa nueva.

Era D. Facundo extremado en la cortesía y no rehusaba invitación ni convite, y como gran observador de los hombres y de las cosas, holgábase mucho de que se le proporcionaran ocasiones de estudiar á sus contemporáneos.

Don Facundo heredó de sus padres una cuantiosa fortuna, y se dió tan buena maña á gastar el dinero, dándose una vida de príncipe y prodigando los favores á la brillante corte de amigos admiradores de su esplendidez, que seis años después hallábase sin una peseta, y ya sus amigos comenzaron á murmurar de su extremado despilfarro, y no pocos cortaron con él toda relación, porque á la verdad, la amistad de un hombre tan desordenado era inconveniente y ocasionada á enojosas eventualidades. Pero no se apuró D. Facundo por la pérdida de su fortuna; antes bien la celebró como si hubiera sido un fausto suceso. Recurrió á sus amigos, pocos le ayudaron, muchos se excusaron de servirle, siendo éstos aquellos que más habían gozado de su prodigalidad.

Dominando situaciones difíciles, pasando apuros tanto más penosos cuanto menos acostumbrado estaba á ellos, sosteniendo ingeniosamente una deuda flotante que no sabía cómo amortizar, discurriendo golpes *seguros* en el juego, que á veces le salían bien, vivió dos años D. Facundo, utilizando el prestigio, un tanto quebrantado, de su pasada fortuna.

Pensando estaha, exhausto de recursos, al cabo de ese tiempo, si sería más acertado buscar en el trabajo los medios de vivir pobremente, ó en la muerte la forzosa liquidación de todas sus cuentas con el mundo, cuando se le murió un tío que apenas le conocía, de quien resultó heredero único, porque el bueno del viejo no tenía ningún otro pariente ni habiente que le pudiera disputar la fortuna que dejaba, reunida en largos años de tormento, porque el hombre era el prototipo de la más torpe avaricia, y no hay tormento que iguale á esta abominable pasión.

Don Facundo recogió su herencia, bendiciendo la avaricia del tío, y volvió á presentarse en la sociedad tan espléndido, tan fastuoso, tan pródigo como antes; y reuniendo por ende otra vez la dispersa corte de amigos y admiradores; pero de la noche á la mañana desapareció D. Facundo, y no se tuvieron en Madrid noticias de su paradero hasta que vino con licencia un secretario de la legación de Constantinopla, quien dijo haberle visto en aquella capital, donde vivía

como un turco después de haber recorrido medio mundo como un loco.

En todos los países donde estuvo llamó la atención por su lujo y esplendidez, y fué grandemente agasajado y atendido, que para esto sirve tener dinero, que es la afición universal y el objeto de todo respeto y admiración en los países civilizados, sobre todo en los más civilizados.

No reunió en el extranjero D. Facundo tan numerosa corte de amigos como en Madrid, pero verdaderamente no le hizo gran falta, porque no hubiera tenido tiempo que dedicarles, preocupado como le tuvieron siempre las mujeres, en cuyo estudio empleó la mayor parte de los días de su ausencia de España.

Que fué afortunado con ellas no hay para qué decirlo, y á nadie extrañaría conociéndole, por que D. Facundo era lo que se llama un buen mozo; alto, esbelto, elegante, de facciones casi perfectas, un español, en fin, que podía presentarse en cualquier parte como tipo de gracia, distinción y arrogancia. Con estas cualidades no era cosa particular que las mujeres le pusieran buena cara, mayormente cuando á sus naturales dotes de hombre superior y digno de ser amado, se unía la condición seductora, y por todos conceptos admirable, de ser hombre de fortuna.

En Francia volviéronse locas por él tres actrices de gran fama, no por su mérito artístico, sino por otros méritos, y durante tres meses es-

tuvieron contando inverosímiles historias del *bello español*, como le llamaban los periódicos de la *petite presse* parisién, y por último, contaron la gran batalla habida entre dos de las actrices en medio de una escena interesantísima de la *féerie* en que tomaban parte; batalla de que fué causa el español, cuya posesión interesaba igualmente á las tres damas, y ninguna de ellas quería ceder en el absoluto dominio de aquel corazón y... de aquel bolsillo. La tercera no se peleó con las otras, pero quiso matarse á la puerta de la *chambre de garçon* que ocupaba D. Facundo en la calle de Rívoli, mas no lo hizo, porque el galán llegó á tiempo de evitarlo y dulcificar sus amarguras con una buena cantidad en billetes del Banco, que ella tomó afligidísima por saber que su español le había sido infiel, y no era esto lo que más pesar le daba, por que esto hubiéralo ella perdonado, que siempre fué generoso el amor verdadero; lo que la apenaba era que el español *Faquiundó*, como ella le llamaba, disponía su viaje á Inglaterra y no estaba dispuesto á llevarla consigo.

En Londres proponíase D. Facundo vivir con más orden y no dedicar tanto tiempo al estudio del bello sexo, pero el hombre propone y la mujer dispone. Cayó D. Facundo otra vez en poder de ellas, y allí se vió en más graves compromisos que en Francia. Tuvo que reñir con un barón furioso porque el español le había quitado la

dama, que lo era de cuenta; se vió perseguido por un hermano implacable que le quería casar por fuerza con una hermana no tan implacable, y sostuvo un pleito que le hizo dejar en poder de la hermana y el hermano una gran cantidad de libras esterlinas; pero su más tremenda aventura fué la de sus amores con una viuda rubia, lánguida, lacia, una especie de Ofelia averiada, que se enamoró locamente del español, y le siguió como la sombra al cuerpo, sin darle un punto de reposo y abrumándole con un amor verdaderamente africano. Don Facundo apeló á la fuga, tomó el ferrocarril, y en la primera estación en que se detuvo el tren vió entrar en su coche á un mocito de buen aire, que se parecía grandemente á su amada Arabela, como que era ella misma.

En Austria, en Alemania, en Suiza, en todas partes encontró á la impertérrita rubia, y en vano quiso librarse de tan tenaz persecución con amenazas ó con halagos. Don Facundo la ofrecía grandes cantidades, y ella las tomaba y desaparecía por unos días; pero á lo mejor volvía á encontrarla más enamorada que nunca.

Al fin quiso Dios que á D. Facundo se le ocurriera embarcarse con rumbo á América, suponiendo que sería más eficaz modo de perder de vista á la inglesa poner agua que poner tierra por medio, pero se equivocó, porque en el buque se la encontró, bien que al mismo tiempo se la

encontró también su marido, maquinista del vapor, que hacía ocho años estaba separado de la que se decía viuda, y que al verla en la nave creyó el muy bobo que el amor la había impulsado á buscar al esposo fugitivo. Don Facundo asistió á la cómica escena de la reconciliación de los esposos, y no pudo menos de sentirse hondamente impresionado presenciando las muestras de arrepentimiento del marido, que hasta entonces no había conocido cuánto valía su mujer.

Referir las aventuras completas de D. Facundo en sus viajes sería larga tarea; baste decir que ocho años estuvo viendo el mundo y estudiando á las mujeres, con lo cual volvió á la patria con un gran caudal de conocimientos y recuerdos, pero tan mermado trajo el que había heredado de su tío, el avaro, que no tardó mucho en ver que se acercaba el tremendo día de hallarse como antes de recibir la herencia.

Pero era hombre de gran fortuna, y ésta parecía complacerse en otorgarle sus favores. Había tenido en su juventud amores con una prima suya, á quien á su regreso del extranjero halló soltera aún y enamorada todavía del gratísimo recuerdo de su primer amor. Don Facundo se casó con su prima, que tenía una fortuna muy regular, y era por todos conceptos apreciable persona. Estimábala muy mucho su marido y pronto se conoció en la vida ordenada y apacible y en las ideas de moralidad de D. Facundo

el saludable influjo que en su ánimo ejercía la discreta compañera que había elegido; pero esta dicha duró poco. Murió la buena señora al dar á luz un hijo, con infinito amor esperado, y Dios no quiso dejar tampoco en el mundo al recién nacido. Don Facundo volvió á quedar solo y rico, porque su mujer le había legado todo su capital, y volvió á sus hábitos de lujo y ostentación y á comprometer otra vez su fortuna prodigándola con poquísima cordura, y toda la hubiera disipado, si Dios no hubiese tenido piedad de él, enviándole una penosa enfermedad que le tuvo postrado cerca de dos años, padeciendo horriblemente. En este tiempo tuvo largo espacio para meditar en la soledad de su gabinete, y cuando se curó de su enfermedad física, por milagro divino, ya estaba curado también de su afición á derrochar el dinero y de su debilidad para con los amigos que le habían ayudado á gastar tan malamente lo que tanto bien puede producir bien empleado y tantos desastres ocasiona cuando se emplea en el vicio y la disipación.

Don Facundo quedó completamente regenerado. Conocido de todo el mundo, no conservó, sin embargo, más que una amistad íntima y sincera, la que le unía con doña Salvadora, su hermana política, en quien halló nobilísimas prendas y talento superior, que le recordaban constantemente á la que fué menos de un año su digna y querida compañera.

V

Una sesión en el Congreso, una dama encubierta y una mano divina.

De una en otra sorpresa caminaba por la corte el bueno del andaluz acompañado de su inseparable D. Facundo, que se había hecho su mentor, muy á satisfacción suya por cierto, por que Joaquín se holgaba mucho de tener por compañero á persona tan instruída, discreta y cono- cedora de Madrid.

Una de las primeras visitas que hizo fué al Congreso de los diputados; D. Facundo conocía á todos los ministros y á todos los representantes del país, y hasta á los maceros, y presentó á Joaquín á algunos de los primeros y á muchos de los segundos, y no le presentó á los terceros, porque éstos se hallaban en el ejercicio de sus funciones detrás del Presidente, y no era cosa de ir á distraerlos.

Allí tuvo el recién venido ocasión de conocer en el salón de conferencias á varios de los personajes cuya fama había llegado á Osuna, como

á todas partes, por las cien trompetas de la prensa. Joaquín se acercó á ellos con viva emoción, con admiración profunda, creyendo de buena fe que se hallaba en presencia de hombres superiores, varones de ciencia y virtud, eminentes y sabios legisladores, desprovistos de toda mala pasión, de toda mira interesada, consagrados por completo, con daño de sus propios intereses, á procurar el bien del país, su tranquilidad, el desarrollo de su riqueza, de su industria, el esplendor de las letras y las artes, el fomento de la agricultura... No era, pues, extraño, que, en esta creencia, Joaquín mirase con respeto, casi con veneración, á aquellos ínclitos hombres de Estado, cuyo ejemplo se proponía seguir cuando, con la ayuda de Dios y su buena voluntad, adquiriese el gran caudal de conocimientos que había venido á buscar á la capital de su patria.

Un poco le chocó, sin embargo, una circunstancia que acaso no hubiese llamado la atención de otro más conocedor de las costumbres cortesananas; el lenguaje que usaban en el salón de conferencias los diputados de la nación no era muy correcto, y sobre todo, no era muy propio de personas que tenían la sagrada investidura del legislador; oía allí vocablos, interjecciones, frases y dicharachos de tan pésimo gusto, que sólo recordaba haber oído lenguaje parecido en los campos de Osuna y en boca de hombres del pueblo sin instrucción alguna, y aun el

de éstos solía ser gracioso, aunque bárbaro, y excitaba la risa más que la indignación; pero semejante lenguaje entre personas á quienes se debía suponer cultas, sorprendía á Joaquín, que jamás en su casa y en la sociedad que frecuentaba en el pueblo, había tenido ocasión de oír á nadie expresarse en términos tan ajenos al decoro y á la buena educación.

Pero aun le sorprendió más oír que casi todos los que se acercaban á los ministros les hablaban de la misma cosa al parecer.

—¡Hombre! No se le olvide á V. darme luego esa credencial.

—Que mañana tengo que enviar por el correo las credenciales á mi distrito.

—Que ya sabe V. que la administración de Rentas vacante me la tiene V. ofrecida. No me vaya V. á faltar.

—No se olvide V. de la lotería que le he pedido.

—¿Me ha traído V. la credencial para mi sobrino?

Estas y parecidas interpelaciones dirigían á los gobernantes los diputados que se les acercaban, y no hablaban en voz baja ni se recataban en lo más mínimo, suponiendo seguramente que nadie allí se admiraría de semejante cosa.

Joaquín observó á D. Facundo cuánto le extrañaba que todos aquellos grandes señores estuviesen preocupados por el mismo asunto.

—Comprendo, dijo D. Facundo al joven, el asombro que le causa á V. lo que oye, pero ya se irá V. haciendo, como se dice vulgarmente, si frecuenta mucho los salones y pasillos de este que llaman palacio de la Representación nacional.

—Todos piden destinos.

—Si todos no, la mayoría; aquí está el almacén, y es natural que vengan á surtirse los agentes y comisionados. Cada uno de estos señores diputados tiene su legión de parientes próximos ó lejanos, y más de cien electores que colocar en el presupuesto. Estos últimos, sobre todo, son extremados en esto de solicitar destinos, y cuando V. sea diputado experimentará los terribles efectos del asedio.

—Parece mentira.

—Amigo mío, en este país son verdad muchas cosas que parecen mentira.

—Debe ser imposible gobernar en un país donde todo el mundo tiene puesta la mira en el presupuesto.

—Usted lo ha dicho, es imposible gobernar. Así ve V. que mudamos de Gobierno como de camisa, y ninguno nos viene bien.

—¿Y qué causas producen esta gran desdicha?

—Muchas, pero con decirle á V. una, excuso decir las demás; el origen principal es la holgazanería.

—Vicio vergonzoso.

—Y de inmensa transcendencia para un país. Pero no hablemos de eso, porque yo soy uno de los holgazanes infinitos que viven á la luz de este sol radiante de España, que en vano ofrece á nuestra indolencia todas las condiciones más favorables para el trabajo. Aquí tenemos otra gracia; nos solemos quejar de que existan los vicios, y todos caemos en ellos. Se habla mucho contra la holgazanería y nadie quiere trabajar: cada uno quiere que trabaje el prójimo. Vamos á la tribuna reservada, que ahora se va á entrar en una cuestión muy importante; ya ve V. cómo se queda desierto este salón. Oirá usted á dos elocuentes contrincantes que van á armar un escándalo.

—¿Escándalo?... preguntó Joaquín sorprendido.

—Sí señor; si no se esperase eso, no iría nadie á oírlos.

—Es singular. ¿Y qué cuestión se debate? . . . ¿Alguna ley importante, alguna reforma transcendental?...

—No señor; se trata de que uno de los dos oradores, cuando fué Ministro hace tres años, relevó de un alto cargo al segundo, y éste se lo ha recordado ayer, le ha increpado duramente, le ha pedido explicaciones, y el otro, que no es rana, le ofreció que hoy le dejaría satisfecho triturándole...

—¿Nada menos?

—Y desenmascarándole. De manera, que todo el mundo está lleno de curiosidad de saber lo que el uno dice del otro y el otro del uno, esperando que en este duelo saldrán ambos contentientes mal parados

—¿Y eso que le importa al país?

—Nada, aunque algo le debiera importar, si el país aprendiera á conocer á sus representantes, poniendo atención á lo que ellos mismos vienen á descubrir por efecto del odio implacable que unos á otros se profesan; pero estos escándalos excitan la curiosidad un día, se habla luego de la cuestión una semana, á los ocho días se olvida, y al mes ó al año, según la marcha de los sucesos, no es cosa extraordinaria ver unidos, conspirando juntos, á los mismos que se pusieron como nuevos y dieron el espectáculo. Entremos en la tribuna, amigo mío, y oigamos, que ya empieza suavemente su peroración el más despechado de los dos.

El salón estaba lleno de diputados; no faltaba ninguno en su puesto; la tribuna pública rebosaba; en la de señoras estaban todas las que cabían; el silencio hubiera sido imponente si no lo interrumpieran las conversaciones en la tribuna de la prensa, donde ya se discutían con calor los méritos y circunstancias de los dos airados enemigos. El Presidente tuvo que amenazar á los periodistas con mandar despejar la tribuna, y ellos temerosos de que se efectuara

el despejo, callaron, ó hablaron más bajo porque no es empresa fácil hacer callar enteramente á la prensa.

La batalla fué ruda; al principio los combatientes tratáronse con cierta cortesía, pero luego que fueron entrando en calor, asestarónse golpes crueles, y por fin, ciegos ya de coraje, arremetieron contra los testigos, dirigiéndoles indirectas del Padre Cobos, que obligaron á los aludidos á pedir la palabra á un tiempo todos poniendo en grave aprieto al Presidente, que golpeaba en la mesa, gritaba con roncas y destempladas voces á riesgo de que se le cayera la campanilla que tenía en la boca, porque la que tenía en la mano ya no sonaba por falta de badajo, y los diputados se dirigían atroces improperios y enérgicos apóstrofes, y se saludaban con frases malsonantes, y en la tribuna de la prensa sonaban voces y carcajadas, y una señora de la tribuna se ponía en pie y gritaba *¡Orden!* (1) agitando enérgicamente el abanico, y solamente los maceros conservaban su severa y digna actitud en aquella anarquía parlamentaria. El Presidente mandó despejar las tribunas, hasta la de señoras, para que ninguna de éstas le volviese á dar una lección pidiendo *orden*; y en vista de que los diputados se enzarzaban cada vez

(1) No hace mucho tiempo que ocurrió un incidente semejante en el Congreso; todos los periódicos dieron noticia del caso.

más, hubo de constituir el Congreso en sesión secreta, con lo cual terminó la función pública.

—Ahora, dijo el andaluz á D. Facundo, expulsarán del santuario de las leyes á los que se han excedido con palabras y ademanes inconvenientes.

—No, señor, ahora se arregla todo, luego verá usted en los periódicos que se ha resuelto que todos son unos caballeros.

—¿Y de estos escándalos hay muchos?

—En estas épocas de efervescencia política y apasionamiento general son frecuentes, pero todavía no hemos llegado aquí á lo que sucede en otros parlamentos. Los diputados americanos suelen golpearse de lo lindo, y alguna vez, apurados todos los argumentos, se ha presentado por alguno como última y suprema razón un revólver de seis tiros. Aquí no hemos visto eso aún, pero no hay que desesperar de verlo; todavía estamos algo atrasados, bien que ahora caminamos á gran velocidad y puede que dejemos atrás á los más adelantados.

Subieron D. Facundo y Joaquín por la Carrera de San Jerónimo, donde había mucha gente. No le sorprendió esto á Joaquín; lo que le sorprendía era que la gente estaba parada en corrillos, conversando tranquilamente, como quien no tiene cosa mejor en que ocupar el tiempo.

—¿Y qué hacen aquí todos esos señores?... preguntó á D. Facundo.

—Nada, hablan de política, recrean la vista en la contemplación de las mujeres hermosas que pasan, y matan el tiempo.

—¿Serán hombres de fortuna?...

—Tras ella andan. Ese que me ha saludado es un ex-gobernador de provincia.

—¿Abogado?...

—No, señor, ex-gobernador á secas.

—Y cuando no tiene empleo, ¿qué hace?

—Nada, esperar volver á tenerlo.

—¿Será rico?

—No tiene una peseta.

—Pues ¿cómo vive?...

—Como viven muchos que no tienen con qué vivir.

—El estudio de Madrid de be ser cosa curiosa, observó Joaquín.

—Lo haremos, si V. quiere, contestó D. Facundo.

No tengo otro deseo.

—Ahora ya es la hora de la comida en casa de mi hermana política, vamos á comer, y otro día iremos á Fornos, un café-restaurant que ahora está en moda, en el que podrá V. conocer algunos tipos de la corte. Los hombres políticos le han favorecido con su preferencia, y le han dado una celebridad extraordinaria.

—Vamos, será un café como los antiguos de Lorencini y la Fontana de Oro, que han merecido mención en la historia.

—No, señor, la política en aquellos establecimientos tenía un carácter más patriótico y desinteresado; en Fornos es más positivo. Los políticos entonces se contentaban con limonada; ahora no es un hombre político importante el que no come pavo *truffé* diariamente. Aquellos tiempos eran los de la infancia del arte político y del culinario; ahora hemos llegado al mayor perfeccionamiento posible en uno y otro.

Son las seis y no tenemos tiempo para ir á pie hasta la calle de Serrano. Tomaremos el *tramvía*, es decir, *la tramvía*, que hace pocos días, cuando se inauguró, así ha dicho que debe decirse nuestro D. Salustiano Olózaga.

Entraron en el coche D. Facundo y Joaquín.

Joaquín se sentó al lado de una dama cuyo rostro no pudo ver porque lo cubría un tupido velo, y la luz del crepúsculo no era suficiente para poder adivinar, á través del velo, si la dama era joven ó vieja ó de mediana edad. Pero si no le vió el rostro, pudo adivinar que la dama era persona de distinción por su traje y por la delicadeza de una mano blanquísima y encantadora que se destacaba sobre el vestido de raso negro, y por un magnífico anillo que lucía aquella mano en uno de sus dedos. Joaquín era muy aficionado á piedras preciosas y las conocía todas, porque su madre tenía de ellas una considerable colección. El anillo de la dama ostentaba un pre-

cioso rubí, que por el tamaño y por su color incomparable, debía ser de gran valor.

Don Facundo se sentó enfrente de la dama, á quien acompañaba una señora anciana.

Al llegar frente al ministerio de la Guerra el cobrador empezó á recaudar el importe de los asientos.

La dama habló con la anciana que la acompañaba, ambas hicieron ademán de buscar dinero en los bolsillos, y volvieron á hablarse.

—¡Jesús! exclamó con dulce voz la dama del rubí.

—No te apures... yo diré... dijo la anciana.

Joaquín entendió que las dos señoras habían olvidado el dinero ó lo habían perdido, y al llegar el cobrador le entregó cuatro reales por los asientos de las dos señoras y el suyo y el de don Facundo (1).

—Gracias, le dijo con suave acento la del rubí.

—¡Oh! señora, por Dios... murmuró Joaquín, pero la dama no habló más.

Llegó el coche frente á la casa de doña Salvadora y allí bajaron D. Facundo y Joaquín. Este hubiera seguido de muy buena gana hasta ver dónde bajaba la encubierta, pero como no iba solo, tuvo que renunciar á su deseo.

(1) En aquel tiempo el asiento en los coches del *tramvía* costaba un real.

—Buena vecindad ha traído V., le dijo D. Facundo subiendo la escalera.

—¿Ha visto V. qué mano?...

—Efectivamente, una mano divina y un rubí soberano, digno de una reina.

—¿Conoce V. á esa señora?...

—No he visto bien su rostro, pero creo que no la conozco. No debe ser del barrio, porque á la gente del barrio la conozco ya muy bien.

—Debe ser una mujer bellísima.

—Por la mano sólo no se puede juzgar. Yo he visto manos muy bonitas en mujeres muy feas.

—¡Qué mano! yo no he visto nunca una mano como esa.

—Ya verá V. buenas manos en Madrid.

—Como esa no puede haber otra.

—¿Se habrá V. enamorado de una mano?...

—Lo cierto es que desearía volverla á ver.
¡Qué mano, Dios mío!

VI

La mano.

Joaquín no vió en los tres primeros días de su estancia en casa de doña Salvadora á esta excelente dama, de quien tantos elogios le había hecho su madre. La buena señora estaba en cama, según le dijo D. Facundo; pero el cuarto día, después de comer, D. Facundo dijo á Joaquín que su hermana política, aunque todavía en el lecho, le recibiría gustosa para no demorar más tiempo la satisfacción de conocer al hijo de su predilecta amiga.

Don Facundo le condujo á una espaciosa alcoba, cuyas ventanas casi cerradas no dejaban entrar la luz, ya muy débil, de la tarde.

—No tropiece V. en algún mueble, advirtió D. Facundo; porque, como V. ve, aquí no se ve, mi hermana no puede soportar la luz; sus ojos han quedado tan débiles, que la claridad le produce dolor agudo en las sienes y en la frente.

—Dispense V., amigo mío, dijo una voz dulce, pero con un acento de profundísimo dolor; hu-



biera querido recibir á V. de otra manera, pero estoy tan débil que no puedo resolverme á levantarme todavía.

—¡Oh! señora, exclamó Joaquín, que apenas veía á doña Salvadora, grande es mi sentimiento hallando á V. postrada en el lecho, y mi más vehemente deseo es verla completamente restablecida.

—Mucho temo, repuso doña Salvadora, que no verá V. cumplido ese generoso deseo, amigo mío.

—Pero esa enfermedad será pasajera. ¿Qué dice el médico?

—Amigo mío, esta enfermedad no es de las que puede curar la ciencia; sólo Dios. He perdido un hijo... ¿Quién alivia este dolor? ¿Quién consuela esta pena? ¿Quién temple esta amargura?...

Al generoso joven conmovió profundamente aquella voz que revelaba inacabable angustia, inexplicable tormento.

La madre continuó:

—Murió mi hijo, con él se fué mi alegría y mi salud; el mundo es para mí estrechísima cárcel, donde estoy privada de todo, de aire, de luz, de dulce sueño, de reposo, de esperanza, puesto que estoy sin mi hijo, que era todo para mí. Y en esta lóbrega cárcel de mis penas, vivo, aliento aún, porque tengo fe, fe en Dios, fe en que El me recompensará estas amarguras llevándome

al fin á vivir una vida eterna con mi hijo. ¡Oh! amigo mío, ¡cuánto envidio á mi buena amiga Mercedes! Ella tiene su hijo. Para ella todo es luz, alegría, esperanza; para mí todo sombra, tristeza... Dios le conserve largos años esa felicidad.

—¡Oh! señora, ¡cuánto agradecería mi madre esas palabras!...

—Perdone V. si le hablo sólo de mí. Es tan grande mi pena, que sin querer me olvido de todas las conveniencias, y soy imprudente. Creo que á todo el mundo le ha de preocupar mi infortunio.

—A toda alma noble interesará seguramente tan inmerecida desgracia.

—Dios lo quiso; bendita sea su santa voluntad.

Joaquín terminó pronto su visita á doña Salvadora, y salió de aquella estancia profundamente afectado.

Era buen hijo, y naturalmente había de conmover su corazón el sufrimiento de una madre.

—En esta casa, pensó, es imposible que yo me olvide un momento de mi querida madre. A cada hora me la recordará el retrato del hijo muerto, que tengo en mi habitación, ó el dolor de esa desventurada señora.

.

Al volver Joaquín á su cuarto halló encima de su mesa una carta, cuyo sobre contenía su nombre.

La carta era de mujer, y esto se conocía sin abrirla. Joaquín la abrió lleno de curiosidad, y en el momento de abrirla cayó sobre la mesa una moneda de dos reales.

Joaquín entendió lo que aquello significaba, y empezó á leer la carta con gran curiosidad. La encubierta dama de la mano incomparable devolvíale el precio de los dos asientos en el *tramvía*, ó en la *tramvía*, según nuestro antiguo embajador en París. La carta decía así:

«Caballero: perdóneme V, si ofendo su susceptibilidad y su galantería devolviéndole en esta carta los dos reales que ha tenido V. la bondad de pagar por mí. Se los devuelvo á V. y no se los devuelvo, porque le suplico que los entregue á un pobre. De esta manera, el favor que V. me ha hecho será provechoso para algún infeliz, porque sobre esos dos reales, usted, estoy segura, pondrá algo más para que la limosna sea mayor.

«Así, caballero, ambos conservaremos un buen recuerdo de este incidente, porque habremos hecho juntos una obra de caridad. Doy á V. gracias de nuevo por su galantería, y b. s. m.,—S.»

Muchas veces leyó aquellos renglones escritos con una letra menudita de forma española, sumamente clara y sin faltas de ortografía. Indudablemente la dama que escribía con tal corrección era una persona distinguida.

Joaquín guardó la carta, pero antes creo que

besó el papel que había estado en la mano divina de la dama del *tramvía*.

—¡Oh! exclamó; si yo vuelvo á ver esa mano alguna vez, he de averiguar á quien pertenece. ¡Qué mano, Dios mío!

Don Facundo llegó á tiempo que comenzaba Joaquín su monólogo.

—¿Salimos? le dijo.

—Sí señor; pero antes dígame V., si lo sabe, quién ha traído una carta para mí.

—Yo mismo la he recibido.

—¿Y quién la ha traído?...

—Una señora modestamente vestida. Será acaso alguna petición, porque aquí, amigo mío, el vicio de pedir se halla en su mayor esplendor. Viudas inverosímiles, huérfanas menesterosas, enfermas crónicas, madres abandonadas, capitanas problemáticas casadas sin real licencia, padres de quince hijos, que nunca existieron, cesantes sin cesantía, etc., etc., acometen aquí todos los días á las personas conocidas, con cartas lastimeras documentadas con papeletas de empeño. Esté V., pues, sobre aviso; bueno es ejercer la caridad, pero no es bueno dejarse engañar, y socorrer á los que son indignos de socorro, viviendo de esa industria en lugar de trabajar, como trabajan personas que valen mucho más.

—No señor, no; la carta no es ninguna petición. Véala V.

—¡Hola! ¿Aventura tenemos?...

—No.

—¡Ah! la incógnita del *tramvía*, es decir, de la *tramvía*, como dice mi amigo Salustiano.

—La de la mano, amigo mío, la de la mano.

—Pues esto aún es más peligroso que lo que yo creía. Estas cartitas, con esta letra tan bonita, son muy traidoras. Guárdese V., amigo mío, que las mujeres son capaces de cosas sorprendentes.

—¿Usted cree?...

—No, no hay motivo para sospechar que esta dama de la mano bonita sea una aventurera como tantas otras; su carta es sumamente fina y discreta; pero hay tantas mujeres con apariencia de discretas, muy buenas para hacer á un hombre cometer las más grandes locuras, que bueno será que V. no esté desprevenido.

—Esa mujer debe ser un ángel.

—Poco á poco; que lo parezca, se lo concederé á V., que lo sea no lo creo. Los ángeles en el cielo; en la tierra hay pocos, y no se les ve.

—¿Cuando volveré á hallar á esa mujer?...

—Cualquier día, en Madrid se encuentra á todo el mundo; pero si V. no la conoce...

—Conocería su mano entre mil.

—De cómo un joven de Osuna se enamoró de una mano.

—Perdone V.; no debiera hablarle de esto, que á V. le ha de parecer una puerilidad; con razón dicen que soy muy impresionable, y debía

procurar corregir este carácter, si es posible.

—Ya buscaremos y encontraremos esa mano.

—¿Cree usted?

—En Madrid se encuentra todo lo que se busca y lo que no se busca. Sería cosa singular que un joven como V., con talento, amable, discreto y rico, no encontrase una mano. Encontrará usted *la mar* de manos, como se dice en el pintoresco lenguaje que ahora se usa.

—Esa sola, amigo mío, esa sola.

—Bueno, esa sola la hallaremos sin duda. Esa mano irá á todas partes, y por fuerza hemos de hallarla en alguna.

—Dios lo quiera; tengo una curiosidad por saber á quién pertenece esa mano incomparable.

—Perdone V. la pregunta si es indiscreta, ¿no ha tenido V. amores nunca?

—No señor.

—Entonces comprendo la impresión que ha causado en V. esa mano misteriosa.

—No hablemos de eso más, y dígame V. á dónde vamos.

—Iremos al teatro Real, es decir, al teatro nacional de la Ópera italiana, donde esta noche canta *Dinorah* la Ortolani, una verdadera artista, muy amiga mía y muy buena señora. ¿Usted no habrá oído esa ópera?...

—No, en Sevilla no se ha cantado el año último.

—Acerca de su música y de Meyerbeer, su

autor, hablará á V. con gran conocimiento mi amigo Peña y Goñi, que es muy inteligente. Le presentaré á V. á él esta noche. Este distinguido crítico ha venido á reemplazar dignamente á mi pobre amigo Velaz de Medrano, á quien dieron gran fama sus revistas musicales en el antiguo periódico *La España*, uno de los mejores que se publicaban en los buenos tiempos de la prensa.

Pocas horas después D. Facundo y Joaquín tomaban asiento en dos butacas del regio coliseo, que estaba completamente lleno de la más distinguida y selecta concurrencia, y comenzaban á saborear la sabrosísima música de la hermosa sinfonía de *Dinorah*.

Joaquín estaba absorto, admirando la precisión y la pureza de la magnífica orquesta, que es una de las mejores de Europa, y no veía á nadie ni nada le llamaba la atención.

—Este muchacho, pensaba D. Facundo, tiene el sentimiento del arte. Dichoso él. Yo oigo la música lo mismo que todo, como quien oye llover.

D. Facundo se prometía hacerle conocer muchas personas de las más distinguidas entre la concurrencia, pero el joven no se preocupaba más que de la música de Meyerbeer, y de la Ortolani, encantado como si por primera vez oye-se música.

—Si esa mujer fuera la de la mano, me volvería loco, dijo á D. Facundo.

—¿Qué mujer?...

—Esa artista tan notable, tan-inteligente, tan digna intérprete de esta música divina.

—Poco á poco, amigo mío, que esa artista es una excelente esposa, y tendría V., aunque ella fuera la de la mano, que reprimir el entusiasmo y admirarla y amarla de lejos y en secreto.

La ópera terminó, y con la ópera terminaron también los guantes de Joaquín, que hizo saltar todas las costuras á fuerza de aplaudir, llamando grandemente la atención del público de las butacas y los palcos, no tan propenso al entusiasmo.

Don Facundo y Joaquín fueron á salir por entre las dos filas de butacas. De pronto Joaquín exclamó:

— ¡Ah! ¡la mano!...

—¿Qué es eso, amigo mío? le preguntó don Facundo.

—La mano; allí está la mano.

En efecto, en un palco platea, de pie y de espaldas al público, estaba poniéndose un magnífico abrigo una elegante y airosa dama, que, arreglándose el traje y sujetándose una preciosa capelina en la cabeza, mostraba una mano bellísima, en la que brillaba un hermoso rubí, el mismo que había visto Joaquín en la mano de la señora del *tramvía*.

Joaquín hacía esfuerzos para salir pronto,

pero delante de él salían señoras y no era tan descortés que fuese á empujarlas. Esto no se hubiera atrevido nunca á hacerlo.

La señora del palco, muy cubierta ya con su abrigo, su capucha, y todo lo que se ponen las mujeres al salir del teatro, volvió la cabeza con mucha naturalidad y miró á Joaquín, pero éste no la vió, por que no era fácil ver un rostro casi completamente cubierto; solamente pudo ver la nariz y un ojo de la dama incógnita.

Las señoras seguían saliendo, y Joaquín se desesperaba.

Cuando pudo salir á la galería de los palcos, el de la dama estaba abierto, pero *la mano* había desaparecido.

—Ya no está, exclamó; es desgracia mía.

—Preguntaremos al acomodador, dijo D. Facundo.

—Diga V., añadió dirigiéndose al dependiente del teatro, ¿quiénes son las señoras que ocupaban la platea núm. 6?

—No sé, señor; ese palco estaba abonado, pero se murió el marqués del Mirlo, que lo tenía, y ahora no está abonado el palco.

—Ni el Marqués tampoco.

—No conozco á las señoras que han estado esta noche, pero deben de ser francesas ó cosa así; porque ellas no hablaban en español.

—Gracias; nos ha dejado V. enterados.

VII

Manifestación.

Con grande y noble afán de saber, ingresó Joaquín en las cátedras de la Universidad central, y pronto llamó la atención de los catedráticos la asiduidad, la constante asistencia del joven alumno, que no faltaba á clase un solo día. Una mañana, al ir á entrar en clase, dijeronle los condiscípulos que no había cátedra, porque los estudiantes tenían que acudir á una manifestación política. No comprendió bien el mancebo, aunque se lo explicaron, qué relación podía haber entre un general, en cuyo honor se hacía la manifestación, y los cursantes de derecho; pero como para él una manifestación era cosa nueva, y por otra parte, quería complacer á sus condiscípulos y demostrarles que estaba animado del mejor espíritu de compañerismo, convino en ser uno de tantos; y á poco rato, se puso en movimiento la manifestación recorriendo gran parte de las calles de Madrid, excitando

el asombro de algunos transeuntes, la risa de otros y la curiosidad de todos.

Si ha de hablarse en puridad, á Joaquín no le satisfacía gran cosa aquel paseo, y de buena gana se hubiera separado de la procesión patriótica si no hubiese ido agarrado del brazo por uno de sus condiscípulos, gran orador, libre pensador y más entusiasta de Proudhom que de Montalván y Laserna; redactor de un periódico batallador intransigente y vicepresidente por aclamación de un club federal. Hablábale este aprovechado condiscípulo con gran calor, exponiéndole sus ideas de libertad ilimitada y extrañas soluciones á todos los problemas sociales; y Joaquín le oía con asombro, pero sin atreverse á contradecirle, porque aquel jovenzuelo tenía en las aulas gran fama de sabio, á pesar de sus cortos años, y ya había hecho considerable número de prosélitos predicando las más raras y extravagantes teorías.

Cuando más entretenido iba el de Osuna oyendo al nuevo reformador de la sociedad, sintió que le tocaban en el brazo. Era D. Facundo.

—¡Ah! D. Facundo, exclamó Joaquín, y sintió calor en sus mejillas, como quien es sorprendido cuando le contraría que le sorprendan.

—¿Va V. de manifestación, amigo mío?..

—Sí señor, murmuró el andaluz con cierto rubor que acreditaba su inocencia y demostraba lo poco que le halagaba *manifestarse*.

—Pues acompaño á ustedes, si no estorbo, dijo D. Facundo, mirando al condiscípulo de Joaquín. Y añadió, conociéndole:

—¡Ah! que es su compañero de V. el famoso González...

—Don Facundo, exclamó éste, no había conocido á usted.

—Sí, hace tiempo que no nos vemos. ¿Y su padre de usted?

—Creo que estará bueno; no le veo hace un mes.

—Vamos, siguen ustedes tan independientes uno y otro.

—Sí señor, la libertad es nuestro norte. Somos mi padre y yo dos buenos amigos...

—¿Y á qué santo es esta solemne manifestación?...

—En honor del general ***.

—Que me place, y me adhiero, aunque no soy estudiante, bien que el hombre toda su vida debe ser estudiante, toda vez que mientras vive tiene ocasión de estudiar. Para mí es la presente una época deliciosa. Hay movimiento, novedades, espectáculos excepcionales, actos solemnes, hasta cierto punto, á todas horas, que proporcionan solaz y esparcimiento al desocupado como yo. Desde que se dió en Cádiz el grito, —aquí siempre estamos en un grito,—mi vida es sumamente amena y entretenida, y no me aburro como antes, de no hacer nada. No hago ahora

mucho á la verdad, pero todo lo veo, y como hay tanto que ver y oír, no tengo tiempo de fastidiarme. Ya hemos llegado; allí sale el general al balcón y va á hablar. Oigamos con el debido respeto, que seguramente dirá cosas muy buenas, sabiendo que le oye gente que sabe de letras y tiene en la uña toda la filosofía alemana.

Yo haré gracia al lector, de cuya benevolencia no quiero abusar, del discurso de gracias que dirigió á la manifestación el grande hombre; debió ser una arenga de militar y paisano, lo primero, por el carácter del orador, y lo segundo, por el de los oyentes, nutrida de rasgos sublimes de patriotismo, porque á cada momento excitaba poderosamente el entusiasmo de los manifestantes, que gritaban ¡Viva! ¡viva! ¡vivaa! ¡vivaaaa!

Y D. Facundo también gritaba ¡Viva! y no se podía tener de risa.

La manifestación se disolvió en medio del mayor orden, como dijo por la noche *La Correspondencia*, y D. Facundo y Joaquín, después de haber asistido á un acto tan trascendental, fueron al Suizo á tomar un refresco, y desde allí á recorrer las calles, ocupación constante de D. Facundo. El día era magnífico y convidaba á pasear.

—¿Con que, también conoce V. á mi condiscípulo González?... dijo Joaquín al hermano político de doña Salvadora.

—Sí señor, ya he dicho á V. que conozco á todo el mundo. Le conozco, y á su padre y á su

madre y á toda su parentela. Su padre es muy campechano y muy guapo, gran corredor de aventuras amorosas, á pesar de sus cincuenta años y de su estado; la madre es una buena señora que está en Babia y no se preocupa de lo que hace su marido; y el hijo, ya le conoce V., es un joven de provecho, que será ministro ó cosa por el estilo, si Dios no lo remedia, porque aquí al paso que vamos, va á ser ministro todo el que lo quiera ser.

—De manera que es una familia...

—Es una familia que no es familia, porque el marido anda por un lado, la madre por otro, y por otro el hijo.

—¡Qué rareza!...

—Amigo, el progreso se manifiesta de todas maneras.

—¿Y eso es progreso?

—Dicen...

—¿Qué iglesia es esta, amigo D. Facundo?

Esta pregunta hizo Joaquín al ir á pasar por frente de la parroquia de San Sebastián, donde entraba y salía mucha gente, y delante de la puerta había diez ó doce carruajes.

—Esta es una de las iglesias más antiguas de Madrid: San Sebastián, la parroquia que cuenta mayor número de feligreses. ¿Quiere V. que entremos?... Habrá función solemne.

—Con mucho gusto. Dígame V., ¿y todos estos señores que están á la puerta?...

—Son devotos de las devotas que van entrando ó van saliendo.

—Ya me hago cargo.

El templo estaba lujosamente ataviado, y en los sagrados altares había gran profusión de luces. Celebrábase magnífica fiesta en honor de la Santísima Vírgen, asistiendo una escogida orquesta.

Había allí gran número de señoras elegantísimas, vestidas, á la verdad, con un lujo algo impropio de la severidad de una función religiosa. Poco después de entrar en el templo D. Facundo y Joaquín, cesó la orquesta y comenzó su oración uno de los oradores sagrados de más fama, un joven sacerdote, de palabra dulce y suave, de simpática y persuasiva elocuencia, que hablaba con gran sencillez y notable pureza de lenguaje. Joaquín le oía embebecido, y no podía menos de comparar aquella humildad, aquella fe, aquella inexplicable dulzura, con la soberbia, la osadía y la gárrula palabrería de su discípulo el estudiante revolucionario. El joven, cuando acabó el sacerdote su oración, hubiera ido de buena gana á estrechar su mano.

Esto pensaba, cuando de pronto miró y vió sobre una bandeja, que parecía de plata, una mano, que era la propia mano de la dama del *tramvía* y del palco del Regio coliseo; la mano misma con el mismo anillo del preciosísimo rubí,

aquella mano singular que Joaquín aseguraba que conocería entre mil manos.

La mano tenía cogida con dos de sus incomparables dedos una moneda de oro, y con ella daba golpecitos suaves sobre la bandeja.

La gente impedía á Joaquín ver á la dueña de la mano: él quería moverse y avanzar, pero era difícil sin pecar de descortés con las señoras.

Mas al fin, por uno de esos movimientos que se verifican donde hay gran apiñamiento de personas, Joaquín, sin el menor esfuerzo, pudo avanzar, y llegar junto á la mesa, detrás de la que se hallaba sentada la dama de la mano, acompañada de una señora anciana.

Pero ¡oh, qué triste sorpresa! La dama de la mano tenía cubierto el rostro con un magnífico velo, y era imposible distinguir sus facciones.

Joaquín dudó un momento, y luego metió la mano en el bolsillo, sacó cinco duros y los puso tímidamente en la bandeja. La señora levantó un instante la cabeza, le miró, y continuó dando golpecitos con la moneda.

La función iba á terminar y la gente se movía mucho acercándose á las puertas del templo, y otra vez se vió mi joven andaluz separado de la mesa de petitorio. Cuando pudo volver á acercarse, la dama incógnita, que acababa de hacer entrega de la bandeja á un sacerdote, se levantaba y se dirigía con su compañera á la puerta de la calle de Atocha.

Joaquín fué detrás, seguido de D. Facundo, y con intención de seguirla hasta el fin del mundo, si la misteriosa señora emprendía este viaje; pero ella y la anciana se dirigieron á un coche particular, el lacayo abrió la portezuela, entraron, y un momento después el carruaje bajaba por la calle de Atocha hacia el Prado.

—¿Ha visto V.? preguntó Joaquín á D. Facundo.

—¿Qué?

—La mano.

—¿Otra vez la mano?

—Sí señor; la señora que estaba en la mesa de petitorio.

—No he reparado... ¿Y qué tal? ¿es bella?...

—No la he visto. La cubría un velo impenetrable.

—Eso abona su modestia,—es decir, si no es fea como un lobo,—porque no hace alarde de su belleza, como otras, en el templo del Señor.

—¡Oh! indudablemente es bella.

—No es muy frecuente, á la verdad, que las señoras que vienen á pedir en las iglesias para los pobres oculten el rostro. Al contrario, se atavían con exquisito cuidado y anuncian por papeleta la hora á fin de que acudan sus amigos y admiradores á ejercer la caridad y á verlas.

—Pero, ¿será posible que no sepa yo quién es esa mujer?...

—El mejor día lo sabrá V. No pase V. cuidado por eso.

Por la noche, al volver Joaquín á casa, encontró una cartita sobre la mesa.

No contenía más que estas palabras:

«Gracias en nombre de los pobres de la parroquia de San Sebastián.—S.»

VIII

El club de la Razón.—El restaurant de Fornos.—El Viático.

Dos meses habían pasado desde que Joaquín recibió la segunda carta de la dama incógnita: no la había visto más, pero no la olvidaba, y nunca le abandonaba la esperanza de volver á hallarla. Joaquín había asistido á algunas reuniones, presentado por D. Facundo, y siempre que entraba por primera vez en una casa distinguida, pensaba:—¿Si encontraré aquí la mano?... —No era fácil á la verdad, porque en las reuniones á que asistía todas las manos estaban dentro de finísimos guantes. Así, en cuanto una señorita ó señora se sentaba al piano, procuraba acercarse á ver las manos que recorrían el teclado. Muchas bellísimas manos tuvo ocasión de ver; mas ninguna era la de su interesante desconocida.

Pero, si no hallaba la mano *divina*, como él la calificaba con disculpable entusiasmo, encontraba en cambio rostros peregrinos é irresistibles

miradas, que no podían menos de impresionar á un joven *tan impresionable*, y acaso habría succumbido al poder absoluto de la bermosura y la gracia madrileña, y olvidado al fin la pobre mano, tan modesta y tan benéfica, si la casualidad no se la hubiese presentado otra vez en la ocasión que se dirá.

—Amigo D. Facundo—dijo una tarde Joaquín al hermano político de doña Salvadora,—he sido invitado hoy á una solemnidad nueva para mí.

—¿Y á qué santo es la fiesta?...

—No; no es cosa de ningún santo: es cosa de González, el condiscípulo mío...

—Sí, ya sé: ¡buena pieza! Si la solemnidad ha sido dispuesta por él, será como dispuesta por los rematados orates del *Nuncio* de Toledo, aunque más perjudicial.

—Se trata de la inauguración de un *club*.

—¿No dije?

—El club de la Razón.

—Justo; los locos se creen siempre muy razonables.

—González va á pronunciar un discurso.

—¡Será bueno!

—El fin que se proponen los fundadores del *club* es la instrucción y el bienestar del obrero, de las clases desheredadas, como dice González.

—No es poco, no.

—La intención no puede ser mejor.

—Ahí está el *quid*; que la intención no es buena; porque así, ni se instruye al obrero, ni se mejora su suerte, sino que se empeora.

—¿Cree V.?...

—Y V. creerá lo mismo cuando vea los resultados. Iremos al club. Supongo que la entrada será libre.

—Es claro; es una fiesta popular.

—Ya verá V. las consecuencias de esas fiestas. ¿Y cuándo es esa solemne inauguración?

—Mañana, á las tres, en la calle de la Garduña.

—Pues mañana también asistirá V. á otra fiesta de distinto carácter. Me he permitido contar con V., é inscribirle en la numerosa lista de los asistentes.

—Ha hecho V. muy bien.

—Tendrá V. que absolverme, por que sin su autoridad le he afiliado á un partido político.

—¿A mí?

—Era preciso; la fiesta es del partido que manda, y todo el que asiste á ella pasará por pertenecer á ese partido. No le dé á V. cuidado; porque como nosotros no haremos allí más que oír, comer y callar, ningún periódico nos nombrará al dar cuenta de la función.

—¿Comer ha dicho V.?...

—Sí señor; como que la fiesta es un banquete político transcendental, en el *restaurant* de Fornos, á diez duros por boca.

—¡A diez duros!... Y ¿quién se come diez duros?

—Cualquiera; advierto á V. que es un banquete modesto, como si dijéramos, al alcance de todas las fortunas. Allí verá V. á los prohombres y hombres de pro de la política actual, generales, brigadieres y coroneles, que ahora los hay á montones, diputados, senadores, ministros, consejeros, en fin, la nata y flor de los que tripulan la nave del Estado, dirigiéndola hacia las costas apacibles de la felicidad. Yo no pierdo ninguno de estos banquetes, sean del partido *H ó B*.

—Acompañaré á V. con mucho gusto.

—Pues entonces, mañana, á las tres, al club; mañana, á las cinco, á Fornos.

A las tres en punto llegaban D. Facundo y Joaquín á la calle de la Garduña y entraban por un largo portal en un patio, donde estaba la puerta del local destinado á la reunión. Era un teatro, que en otros tiempos había sido cuadra, en el cual, por Navidad, se representaba el *Nacimiento*, y en el resto del año se daban algunas funciones por sociedades de aficionados. La parte del público era un salón largo y estrecho, con ocho ventanas convertidas en palcos, y todo él estaba lleno de bancos forrados de apolillada bayeta encarnada. El escenario no era como el del teatro Real, pero la decoración presentaba un aspecto nunca visto en ningún otro coliseo.



El telón del fondo representaba el Capitolio, ó cosa así, que había servido para *La muerte de César*, última producción puesta en escena por una de las sociedades que allí actuaban; y la decoración se cerraba con dos telones laterales, uno de los cuales representaba un pedazo de casa pobre, y el otro un país nevado. En medio del escenario se hallaba la mesa, cubierta de un paño rojo que, por lo irregular, lléveme el diablo si no parecía haber sido en sus buenos tiempos refajo de alguna briosa segoviana. Sobre la mesa había tintero, papel y campanilla.

Cuando llegaron D. Facundo y Joaquín, había ya selecta concurrencia, compuesta de apreciables personas, que, en verdad, no tenían trazas de obreros, ni de haber visitado siquiera los talleres. Al entrar nuestros dos amigos, los miraron con cierta curiosidad, y habláronse luego, como preguntándose:— ¿Quiénes son estos *civis*?... Pero también allí tenía conocidos D. Facundo; uno vino á saludarle cordialmente y con cierto respeto.

—¿Por aquí tú también? le preguntó D. Facundo.

—Sí señor; vengo con unos amigos... Como uno está ahora de más.

—Pues qué, ¿ahora no perteneces ya á la ronda?

—No señor; me quedé fuera en el arreglo que se hizo; pero no diga V. aquí nada de la ronda, porque esta gente no sabe...

—Bueno, hombre, bueno.

—Yo siempre he sido liberal.

—Me alegro, hombre; lo que eres tú ya lo sé yo.

—Usted siempre tan bromista D. Facundo; pero no olvido que me sacó V. de aquel compromiso cuando me complicaron por una mala voluntad...

—Sí, sí; da gracias á tu pobre hermana, excelente doncella de mi mujer. ¿Y qué gente es ésta... ¿Habrá muchos obreros?

—No señor; yo conozco á pocos, aunque á todos de vista. En la Puerta del Sol los veo todos los días.

Pronto se llenó el local, entrando algunos jóvenes de blusa y gorra, que tenían trazas de trabajadores, y parecía, por la algazára que traían, que no tomaban muy en serio la reunión, y que asistían más bien movidos de la curiosidad que de entusiasmo por el objeto de la fiesta.

Al fin entró el héroe, el estudiante González, seguido de su estado mayor, compuesto de cuatro estudiantes, uno de Medicina, otro de Farmacia, otro de Jurisprudencia, y otro de Veterinaria; subieron al escenario, procedieron á constituir la mesa, y se abrió la sesión.

Casi parece ocioso decir que el discurso de González fué digno de su reputación: lo cierto es que se excedió á sí mismo en aquella solemne y transcendental fiesta política, dando pruebas de una vasta, y aun *basta*, erudición, y de-

jando atónito al concurso con las noticias que dió sobre las más célebres figuras de los siglos, desde Moisés hasta Espartero, probando, como tres y dos son cinco, que no hubo nunca grande hombre que no hubiera sido, por lo menos, federal. Allí, en cuatro rasgos, expuso su plan de reformas sociales, repartió equitativamente la riqueza, volvió del revés la propiedad, acabó con la familia, y pulverizó la religión.

Joaquín oía con asombro y miraba á D. Facundo como diciéndole:—¿Pero este es un hombre ó un domonio?...—Y D. Facundo se sonreía con cierta amargura, y miraba con lástima á los pobres obreros que con tanta algazara habían entrado en el teatro, y ya, serios y admirados, escuchaban todos aquellos dislates con gran atención.

—Así se empieza, dijo D. Facundo á Joaquín, así se empieza á introducir la ponzoña en el sano corazón de estos jóvenes obreros, así se empieza á enloquecer su cerebro, así á desviarles de la madre anciana, de la esposa amante; así á hacer nacer en ellos la ambición; así, en fin, á arrebatárles el sosiego y la alegría, haciéndoles esperar lo que luego no les han de dar los mismos que hoy les prometen venturas imposibles en este valle de lágrimas.

El discurso produjo el resultado apetecido, quedando constituido el *club*, que celebraría sesión todos los sábados, sin perjuicio de celebrar-

las más frecuentemente conforme se fueran presentando oradores dispuestos á hacer la propaganda de la *redención* del obrero.

Uno de los jóvenes oyentes, que tenía trazas de mozo dispuesto, preguntó á D. Facundo:

—Dígame V., caballero, ¿qué oficio tiene el que está hablando?

—Estudia para abogado; ¿le parece á V. poco?...

—Pues hay que agradecerle doblemente el interés que manifiesta por nosotros, repuso con sorna el obrero.

La reunión terminó con grandes aplausos tributados al orador, que, agradecido y hasta conmovido, aduló en tales términos al pueblo soberano, que nunca habrá oído semejantes lisonjas del más rastrero, ruín é interesado cortesano el más déspota monarca de la tierra.

Don Facundo se acercó á González, y con su exquisita cortesía le dijo:

—Amigo, doy á V. la enhorabuena; es V. lo que ahora se llama un orador, y hará V. carrera; á quien no le doy la enhorabuena es al pueblo por tener tal abogado.

Desde allí se dirigieron Joaquín y D. Facundo al restaurant de Fornos. Aquello era otra cosa: el salón estaba magnífico, resplandeciente. La comisión organizadora, que debía ser práctica en festividades patrióticas, había dispuesto las cosas con el mayor acierto. Veían-

se en las paredes los retratos de los hombres más notables del partido, los muertos y los vivos, y varias inscripciones y fechas memorables, que recordaban los días en que el partido, en varias épocas, había armado la *gorda*. Los concurrentes eran todos personas de distinción, con sus guantes de color de lila y sus botas de reluciente charol ó de becerro convertido en espejo á fuerza de cepillo y betún superior, y todos tenían cara de satisfechos y persuadidos de su propio saber y de su importancia en el mundo político y en todos los mundos habitados. Allí estaban los ministros, rodeados, antes de comer, de gran número de amigos, que les recordaban sus pretensiones, sus recomendaciones, sus compromisos y las promesas que habían hecho á parientes, amigos, electores y aficionados, fiados en la buena voluntad de los dispensadores de mercedes, como dueños que eran del poder.

Don Facundo saludaba á todos, y para cada uno tenía una frase halagüeña que le dejase contento; como que poseía la envidiable facultad de conocer el flaco de cada cual. A un diputado monosílabo, que se consideraba un orador irresistible, le decía:

—Amigo, estoy deseando que hable V. en el Congreso para que deje V. tamañitos á Ríos Rosas y Castelar. ¿Es verdad que va V. á presentar una proposición? Lo oí anoche en la embajada de Italia...

—Sí, sí; más de una voy á presentar, contestaba el infeliz personaje de casualidad, muy convencido de que en la embajada de Italia se preocupaban de sus actos.

—¿Es verdad, preguntaba á otro que soñaba con ser académico por haber publicado una traducción del francés, que ha sido V. propuesto para una de las vacantes de la Academia?... Creo que se lo he oído decir á Cánovas...

—¿A Cánovas?... ¿Cánovas lo ha dicho?... Hombre, cuente V., cuente V. Yo no le he hecho la menor indicación... Soy su enemigo político, pero reconozco sus grandísimos méritos literarios.

—¡Sería chusco que no los reconociera V.!...

—Me da V. una buena noticia... Gracias, gracias... Tendré que ir á visitar á Cánovas.

—Qué no se reirá poco de tí, pensaba D. Facundo, que había inventado la noticia para ver esponjado al aspirante á académico.

A un buen mozo, muy persuadido de que no podía haber mujer que le resistiera, le decía don Facundo jovialmente:

—Amigo mío, prudencia, no confie V. en su fortuna, que hay maridos muy astutos y con una intención terrible...

—¿Sabe V. algo?...

—Es un aviso amistoso. La vida del hombre de mundo, como V., es encantadora y está llena de dulces triunfos y preciadas envidiables conquistas, pero es muy ocasionada á lances peli-

grosos. Ya sé que V. no los esquivaba; pero es preciso que se guarde V. para la política, que no sacrifique V. la patria y los intereses públicos al amor. Usted se debe á su partido.

—Amigo D. Facundo, las mujeres son mi debilidad. En estos momentos, por venir aquí, pierdo acaso un triunfo...

—Ya, ya tengo algún indicio.

—Es V. el demonio, todo lo sabe V.

—¡Pobre majadero! se quedaba diciendo don Facundo.

La comida fué magnífica, y los brándis comen- zaron ya muy entrada la noche; pero más que brándis eran largos discursos, todos enderezados á encomiar la unión del partido, la fuerza del partido, los altos hechos del partido, y á encarecer la necesidad de que sólo el partido ocupase el poder durante el tiempo que hubiese mundo. Y al llegar á este punto, los oradores todos se expresaban enérgicamente, en tono arrogante y amenazador, como si ya vieran entrar al enemigo dispuesto á echarlos del poder. Y al oír aquellos brillantes apóstrofes, aquellas valientes protestas de no dejarse arrebatar el poder, todos los oyentes se miraban con satisfacción todos participaban del entusiasmo del orador, pues á todos comunicaba el sagrado fuego de la patriótica inspiración.

Después de los discursos de efecto, un periodista leyó una letrilla muy graciosa, poniendo

de relieve los feos vicios de los partidos enemigos; otro asistente amenizó el acto intentando pronunciar algunas palabras, y no logrando decir más que lo siguiente:

«Señores, yo... Yo, señores, como digo, señores... no, no puedo menos... en fin señores... He dicho. ¡Viva la libertad!»

Y es justo contar que obtuvo grandes aplausos, no por el discurso, sino por la intención, que había de ser buenísima, puesto que el orador era un hombre de buena fe, muy rico, que no disputaba los empleos á los demás, y que siempre había sido el primero en gastarse el dinero por el partido y para el partido.

Y luego tocó el turno á los más caracterizados de la reunión, á los jefes del partido, que se echaron mutuos piropos, y convinieron en que ellos y su partido eran lo mejor que había en España, concluyendo todos con nuevas protestas de no dejar entrar en el poder á otro partido aunque se hundiese el mundo.

Y levantándose un cura, único de su clase que asistía al banquete...

—Me alegro, exclamó Joaquín; sin duda va á bendecirnos y á decir la oración de gracias á Dios...

—Que está puesta la mesa, añadió D. Facundo, completando así el título de una zarzuela muy conocida.

Pero no; el sacerdote, en su corta improvisa-

ción, no dijo otra cosa sino que él era también del partido, y que se alegraba mucho de serlo, y que lo sería siempre

Las once y media serían cuando se acabó la fiesta, y salieron de Fornos Joaquín y D. Facundo, costándoles gran trabajo abrirse paso por entre la multitud que se apiñaba á las puertas y delante de las ventanas del establecimiento, ganosa de conocer á los grandes hombres que celebraban un acto político tan trascendental. Una banda militar tocaba un himno patriótico, saboreado con delicia por el público reunido delante de la fonda, que así participaba en cierto modo de la fiesta, sin exponerse, como los de dentro, á una indigestion, pero con riesgo de coger una pulmonía, que la noche estaba por extremo fría y húmeda.

—¿Qué le ha parecido á V. la fiesta? preguntó D. Facundo á Joaquín

—Bien; es buena cocina la de Fornos.

—Hablo de la fiesta política.

—Mire V., D. Facundo, yo no creo que se pueda juzgar de la política por lo que hemos oído en esa fonda.

—Al contrario, sí señor; se puede juzgar perfectísimamente. La política que se usa es la del más refinado egoísmo, la de la más violenta soberbia.

—Eso se desprende de lo que hemos oído; pero eso no es política.

—No es política, en la acepción verdadera de la palabra; pero es la política que se hace. Vanidad, soberbia, egoísmo é ignorancia; he aquí los vicios de lo que se llama política en España.

—¡Ah! exclamó Joaquín; el Santo Viático sale de esta iglesia.

Y se descubrió; lo mismo hizo D. Facundo. Y ambos siguieron al sacerdote. Un hombre que llevaba tres hachas de cera se acercó á los dos amigos y les preguntó si querían alumbrar al Santo Viático. Uno y otro tomaron las hachas, las encendieron en otra, y subieron por la puerta de Alcalá, hasta una de las calles nuevas del barrio de Salamanca.

El enfermo, á quien Dios se dignaba visitar, vivía en un cuarto piso interior. Don Facundo y Joaquín subieron, y entraron detrás del sacerdote.

Hallábase en una alcobita estrecha, y estaba sentado en la cama; era un anciano. Una señora le sostenía la cabeza.

Joaquín y D. Facundo se quedaron á la puerta, y se arrodillaron.

El sacerdote dió la comunión al enfermo, y después la señora que sostenía la cabeza de éste le acercó á los labios un vaso con agua.

Joaquín vió en aquel momento brillar en la mano de la enfermera el rubí de la dama del *tram-vía*, el mismo que había visto en la mano pere-

grina de la encubierta que pedía para los pobres en la parroquia de San Sebastián.

Pero cuando quiso ver la fisonomía de aquella dama, ya no pudo, porque estaba arrodillada, orando, colocada de modo que el joven no podía satisfacer su deseo. El sacerdote salió, y Joaquín hubo de seguirle con D. Facundo; pero al salir, tomó bien las señas de la casa.

IX

Diligencias vanas.

De buena gana, al volver de la iglesia, hubiera subido otra vez Joaquín á la casa del enfermo, pero teniendo en cuenta prudentes consideraciones, lo aplazó para el siguiente día. Quería descubrir quién era la incógnita dama, quería conocer á la que ya consideraba conjunto singular de todas las perfecciones.

A las nueve de la mañana subía Joaquín la escalera que conducía á la pobre habitación del enfermo y llamaba suavemente á la puerta.

—¿Quién es? preguntó una mujer.

—Servidor de V., contestó Joaquín.

Y se abrió la puerta.

—¿Cómo está el enfermo? añadió el joven.

—Pase V., pase V., caballero,—repuso la mujer, que en verdad tenía una fisonomía simpática de buenísima persona. El pobrecito, continuó, ¿cómo quiere V. que esté?... Está mejorcito desde anoche que recibió á su Divina Majestad.

—Sí, yo tuve la honra de venir alumbrando...

—¡Ah! ya decía yo que su cara de V. no me era desconocida. Pues, como digo, ha pasado la noche más tranquilito, y ahora está durmiendo tan sosegadito que nadie diría, al verle, que se halla tan malito el pobre. Siéntese V., señorito; usted habrá conocido á D. Francisco cuando era un caballero, mejorando lo presente, y todos le hacían el *rendivú*... Así es el mundo, ahora nadie parece por estas puertas como no sea la señorita...

—¿La señorita viene?... preguntó Joaquín en un tono que hiciera comprender á la buena mujer que ya conocía él á la señorita.—Esta señorita, pensaba el andaluz, no puede ser otra que mi desconocida.

—Sí, señor, todos los días viene, y anoche se estuvo aquí hasta las tantas, hasta que D. Francisco se quedó traspuesto. Si no fuera por ella hubiéramos tenido que llevarle al hospital. ¡Jesús! hubiera sido una vergüenza que una persona que ha escrito tantos libros y que ha sido diputado y gobernador y secretario de la Reina, y un hombre de bien á carta cabal, hubiese ido á terminar sus días en el hospital. ¡Qué mundo este, señor!... A todos los que hoy están en candelero les ha hecho favores D. Francisco, y ahora ninguno se acuerda de él.

—¿Y cómo ha venido á esta desgraciada situación?...